

p. j u a n s a n t o s o r t i z d e v i l l a l b a



h a b i a u n a v e z  
e n l a s e l v a

Segunda Edición

EDICIONES C I C A M E



02

Había una vez en la selva.

HABIA UNA VEZ EN LA SELVA

EDICIONES OICAM S

PREFECTURA APOSTOLICA DE AGUARIPO



P. Juan Santos ORTIZ DE VILLALBA

HABIA UNA VEZ EN LA SELVA

EDICIONES C I C A M E

PREFECTURA APOSTOLICA DE AGUARICO



Primera edición 1.980  
Segunda edición 1.983

1.983

Prefectura Apostólica de Aguarico

Ediciones C I C A M E

Pompeya - Napo - Región amazónica ecuatoriana

Impreso en Ecuador

Fotocomposición A G O M A R - P O M P E Y A

Imprime Gráficas C I C A M E - P O M P E Y A



## PRESENTACION

El Padre Juan Santos o "Chinicuro" no necesita presentación. Sus bigotes y su amor a los hombres de la selva son más que conocidos. ¿Qué tal si adentrándose en estas páginas toman la vida en plan Sumac Quimba? Ya entenderán a este señor si tienen una pizca de humor y de ganas de vivir.

Esta Segunda Edición es muy aumentada y muy poco corregida: porque la Primera estaba requetebién y porque Juan Santos en un mes de vida huaorani recordó muchas cosas de Sumac Quimba que no había contado antes.

Una confidencia: Hemos trabajado en este libro con un solo deseo: GANAR. Ganar para los hermanos de la Ribera del Napo y para todos los lectores la alegría de sentirse pájaros y de confiar en Dios luchando bajo la lluvia y bajo el sol.

P. Angel González "Cachisupai".



## INDICE

Presentación	7
SUMAC QUIMBA	9
1. El nacimiento	13
2. La fiesta	15
3. Los mentirosos	18
4. El venado	21
5. Una enseñanza	23
6. Los redentores	25
7. La chacra	27
8. El humilde	29
9. La canasta	31
10. El cazador	33
11. El indillama	36
12. La inseguridad	38
13. Las canciones	41
14. El silencio	43
15. La luz	44
16. Los niños	47
17. Los caminos	49
18. El viajero	51
19. La escuela	53
20. El teniente político	55
21. La venta	57
22. La palabra	58
23. El gallo	60
24. La muerte	62
25. Los médicos	65
26. Los habladores	67
27. La caza	69
28. El sapo	71



29. Las abejas	73
30. Los chiros	75
31. El mono	77
32. El tucán	79
33. La serpiente	81
34. Las garzas	83
35. El nido de los azulejos	84
36. La tilli	86
37. Los pescadores	88
38. El perdón	90
39. El corazón alegre	93
40. La tormenta	95
41. El viento de la selva	97
42. Educar al hermano	99
43. La lora	101
44. La avispa	103
45. El jaguar	105
46. La boa	107
47. Los sueños	109
48. Los ancianos	110
49. Los jóvenes	111
50. El sí y el no	113
51. El entierro	114
52. Los antiguos	116
53. El armadillo	118
54. Madre dulce	120
55. La raya	122
56. El enfermo	124
57. Otra selva	125
58. El viejo tambor	127
59. La felicidad	129
60. El elegido	132



## SUMAC QUIMBA

Había una vez un hombre en la tribu de los Quimba que estaba casado con una mujer muy buena y hermosa, y como les mandaron de su pueblo porque no les querían, el hombre Quimba dijo a su mujer:

— ¡Ya, nos vamos! Aquí no más no nos quieren.

Y la mujer dijo:

— ¡Bueno, como tú quieras!

Entonces ellos se fueron lejos a otra selva que no era la de ellos y allí hicieron casa y chacra, y más tarde nació el niño, que era bien blanco.

La mujer estaba contenta porque su hijo era muy bonito y muy blanco; pero su padre le mandó al sol para que fuera más negro y así no les despacharan de esa selva sus habitantes.

Los indios, como ya vieron que el niño era como ellos, estaban muy contentos y querían mucho al Quimba y a su mujer, y el niño les iba enseñando muchas cosas buenas, y les curaba los golpes y las heridas.



El niño no sabía hablar más que el idioma de los indios; pero el Quimba y su mujer le enseñaban el otro idioma de ellos para que supiera más, y porque ellos no sabían hablar muy bien el de los indios. Pero al niño sólo le gustaba hablar con los indios y a veces se enfadaba con su padre. Pero también aprendió el idioma de sus padres.

Cuando el niño ya se hizo grande era como un gran Curaca, y todos le conocían. Por eso los blancos se fueron a donde el Quimba y le dijeron:

—Tu hijo es blanco y nos lo tienes que dar.

El Quimba se enfadó con ellos y también su mujer. Luego fueron donde su hijo y le dijeron lo que pasaba:

—Haz lo que tú creas. Ya eres grande y tú has de saber.

Sumac Quimba habló con los indios y les dijo:

—A ustedes ya les he enseñado todo. Ahora estará bien que vuelva con los blancos para enseñarles.

—Bueno, vete — le dijeron los ancianos; —pero no te quedes con ellos.

—Eso haré. Y se fue.

Cuando Sumac Quimba se fue de la selva, en seguida se cambió de color y parecía blanco. Pero los blancos, que sabían que había vivido con los indios, no le quisieron recibir, y Sumac Quimba sólo les enseñaba a los pobres y a los enfermos.



Una vez Sumac Quimba se enfadó con los blancos y les dijo:

—Ustedes son como las culebras; son malos. Ahora mismo me regreso a la selva donde mis hermanos.

Pero los blancos, llenos de ira, le cogieron y le mataron.

Los indios cuando oyeron lo que había pasado tuvieron miedo y huyeron hasta el corazón de la selva, y allí vivieron muchos años cumpliendo lo que Sumac Quimba les había enseñado.

Un día algunos blancos que habían oído a Sumac Quimba dijeron:

—Vamos a enseñar a los indios lo que dijo Sumac Quimba.

Y al llegar a la selva se pusieron a predicar, y los indios ya sabían todo y se reían. Los blancos se enojaron:

—¿Por qué os reís?

—Todo eso ya lo sabemos — respondieron los indios.

—¿Cómo váis a saber si vivís en medio de la selva?

Y los indios se reían más.

Entonces los blancos les castigaron y les dijeron que eran unos salvajes y que Sumac Quimba que era blanco les traía la salvación y ellos no querían oír.

El Quimba y su mujer ya eran muy ancianos y, como los indios, estaban en un rincón llorando.



Al fin los blancos se dieron cuenta que ellos eran los padres de Sumac Quimba y les pidieron perdón, y se fueron.

Por eso ahora todos creen en Sumac Quimba: los blancos de una manera, y los indios de otra.



## 1. EL NACIMIENTO.

Cuando ya iba a nacer el niño, los curacas mandaron a toda la gente que se reuniera para hacer una fiesta. La mujer del Quimba le dijo a éste:

—Yo no puedo ir.

Y el Quimba le dijo:

—Hay que ir. Es la fiesta de los curacas y se han de enojar.

Entonces subieron a la canoa y estuvieron remando varios días. A la mujer le molestaba el sol y no podía hacer bien la popa.

Cuando llegaron al pueblo los curacas les brindaron chicha, y la mujer bebía despacio para que el niño también bebiera, y el niño se chumó un poco y le dio una patada al Quimba cuando se acercó a abrazar a su madre.

— ¡Bien hecho! — le dijo la mujer riéndose. — ¡Ahora no debes venir aquí!

Y los curacas le llevaron al Quimba a su casa para invitarle, mientras su mujer se iba a la chacra para tener el niño.



Cuando el niño lloró, el Quimba y los curacas con sus mujeres se fueron corriendo a ver, y allí encontraron a la mujer sentada comiendo flores, y al niño echado en unas hojas de plátano.

Las mujeres cogieron al niño y dijeron:

— ¡Niño bonito, niño bonito!

Y la mujer de Quimba puso al niño en el pecho, y las mujeres querían ayudarla; pero ella echó a correr con el niño y subió a la casa para prepararle la comida a su marido.

Esa tarde los curacas cogieron al niño para bañarle en agua de yutso. La mujer de Quimba les habló:

— ¡Le van a matar!

—No — dijeron ellos. —Es un niño muy bonito.

Y en seguida Sumac Quimba se hizo grande y robusto y era buen cazador. Su madre le decía:

—Hijo, no hay carne. Y Sumac Quimba traía carne.

—Hijo, no hay pescado. Y Sumac Quimba traía pescado.

Y luego Sumac Quimba le dijo a su madre:

—Ahora me voy a la selva para aprender. Que nadie me moleste.

Y cuando volvió ya era sabio, y curaba a todos, y la tribu le eligió curaca; pero él no quiso. Y así Sumac Quimba siempre andaba con Dios.



## 2. LA FIESTA.

Cuando Sumac Quimba se hizo grande todos los hombres de Curi Chicta quisieron elegirle como su capitán; pero Sumac Quimba, sin oírles, se fue a la selva y allí estuvo pensando muchos días.

Entonces los hombres eligieron otro capitán y se olvidaron de Sumac Quimba; porque creían que estaba loco. Pero Sumac Quimba no estaba loco. En su tambo le rezaba a Dios para que le diera sabiduría.

Y así pasó bastante tiempo. En Curi Chicta la gente se puso a tomar y a hacer una gran fiesta, y se emborracharon todos. Cuando vino Sumac Quimba de la selva estaba muy flaco y tenía luz en la cara.

—¿Qué estáis celebrando? — les preguntó.

Ellos le dijeron:

—Nada. El capitán quiere que hagamos una fiesta para estar contentos.

—Eso está muy bien — dijo Sumac Quimba. —¿No tenéis algo de comer?

Las mujeres le brindaron chicha y carne, y al verle tan flaco le miraban con pena.



Sumac Quimba comió todo lo que le dieron y dio las gracias a las mujeres.

Más tarde se acostó y se durmió. Los tambores estuvieron sonando toda la noche sin que su ruido molestara a Sumac Quimba porque estaba muy cansado. Una mujer le echó una cobija encima, y ni se movió.

Al amanecer los hombres ya se caían, y como no podían tocar el tambor Sumac Quimba pidió uno y tocó con fuerza. Las mujeres estaban muy contentas al ver que Sumac Quimba tocaba el tambor y le brindaron chicha para que tomara fuerza. Sumac Quimba estuvo tocando hasta el mediodía, y entonces dejó el tambor y pidió el pingullo. Nadie le había oído nunca tocar el pingullo.

Sumac Quimba tocó muy bien, y algunos hombres le acompañaron con el tambor.

—Ya nos queda poco tiempo para fiestas — dijo Sumac Quimba a los hombres; —mañana tendremos que limpiar las chacras y los caminos. Avisad al capitán, cuidad vuestras fuerzas y tened bien afilados los machetes. No bebáis ya tanta chicha fuerte.

Y rogó al capitán que hiciera bailar a todos para que se les fuera la borrachera. El capitán oyó a Sumac Quimba y animó a todos a bailar saliendo él mismo el primero.

Esa tarde todos estaban cansados y con caras amarillas. Sumac Quimba les rogó que se sentaran y les dijo:



—Ha sido una hermosa fiesta; pero ahora todos estáis cansados. Nuestra gente hace fiesta para olvidar en la borrachera sus penas. Yo he hablado con Dios en la selva, y me ha dicho que ha de venir a visitaros.

—¿Dónde vive? — le preguntó una mujer.

—Aquí cerca — respondió Sumac Quimba; —pero solo yo conozco su tambo.

—Nos da miedo que venga — dijeron los hombres.

—No tengáis miedo — les dijo Sumac Quimba. —Es como nosotros.

—Entonces que venga; pero ven tú con El.

—Está bien; pero limpiad los caminos y echad troncos sobre el lodo de los aguazales. Preparad chicha suave para brindarle.

—¿Beberá nuestra chicha?

—Seguro. Ya os he dicho que es como nosotros.

Entonces los hombres de Curi Chicta quisieron elegirle como su capitán a Sumac Quimba; pero no quiso, porque ellos ya tenían a otro.

—Yo vendré con Dios — les aseguró. Ya no hagáis más fiesta. Coged los machetes y limpiad los caminos. Los que estén peleados que se pidan perdón y se den la mano. Las mujeres que se quiten la chicha de la cara y ya no jueguen más. Lavad bien a los niños. Cuando yo venga con El, haremos una gran fiesta.

Y cuando Sumac Quimba se levantó le brillaba la cara, y todos habían estado muy contentos oyéndole.



### 3. LOS MENTIROsos.

Cuando ya no hubo tierra, los blancos vinieron a la selva y se la robaron. Sumac Quimba dijo a la gente:

—Hagan caminos y separen su parte; porque tienen derecho a su tierra. Si no lo hacen se morirán de hambre y ya no habrá más selva para ustedes.

Todos los hombres y sus mujeres cogieron sus machetes y abrieron picas para separar su parte.

Sumac Quimba les dijo a los hombres:

—De esas picas para atrás es de todos. Dejen que quien quiera tome su parte.

Pero ocurrió que nadie respetó el camino de los indios; porque al indio nadie respeta nunca.

Sumac Quimba les dijo:

—Vayan y hablen con los jefes de los blancos, y cuéntenles lo que pasa.

Los jefes de los blancos oyeron bien y dijeron a todo que sí con muchas sonrisas. Los indios volvieron a la selva con el corazón engañado y le contaron a Sumac Quimba que ya todo se iba a arreglar.

Sumac Quimba les dijo:



—No crean; esa gente tiene dos lenguas. Ellos se creen los dueños, pero la tierra es nuestra. Limpíen los caminos y cuídenlos; porque vendrá más gente y les quitará todo.

Y vino más gente. Pero los jefes de los blancos no venían nunca. Enviaban algunos ayudantes para que hicieran perder el tiempo con palabras vacías a los indios.

Pero también engañaron a algunos indios y les dieron plata para que trabajaran para los blancos y también les dijeron que Sumac Quimba estaba loco. Estos indios eran malos, eran traidores a su pueblo. Pero los indios buenos de la selva no se dieron cuenta de lo que pasaba y cerraron sus cabezas por solamente las mentirosas palabras que los traidores les decían.

Por eso Sumac Quimba les gritó en una reunión:

—Abran los ojos; pongan cuidado con sus caminos y cerquen sus tierras; porque ya se acaban. Ya ven que los jefes de los blancos no nos hacen caso y nos obligan por la fuerza. Se burlan de nosotros diciendo que somos indios, poca cosa. Pero esta tierra es nuestra desde siempre; tenemos derecho a ella.

Uno de los vendidos a los blancos se levantó y dijo:

—No le hagan caso. Los jefes de los blancos nos han prometido ayuda. Tendremos tierras y plata. Este hombre está mintiendo.

Y se armó una gran bulla en aquella reunión. Pero Sumac Quimba, al terminar, les dijo bien claro:



—Nadie puede repartir lo que no es suyo. ¿Por qué los blancos hablan de repartirnos tierras si ya son nuestras? ¿No son ellos acaso quienes deberían pedirnos permiso para tomar su parte? Aquí hay tierra para todos, pero nosotros escogimos las mejores hace mucho tiempo.

Y mirando a los vendidos a los blancos, dijo:

—Yo les estoy avisando. Malas son las culebras que muerden con los dientes; pero entre nosotros hay algunos que son mucho peores, porque muerden con la cola.

Y la gente, después de oírle, se quedó seria, pensando.



#### 4. EL VENADO.

Otro día Sumac Quimba se fue donde los blancos y les dijo:

—Quiero hablar con ustedes.

—Bueno — le dijeron. —Habla.

Y Sumac Quimba les contó que caminando por la selva había encontrado un venado herido. Los blancos le dijeron:

—¿Y no lo mataste para comértelo?

Sumac Quimba les respondió:

—No. Lo curé y lo dejé marchar. Era un venado muy tierno y tuve pena.

—Nosotros nos lo habríamos comido — le dijeron los blancos. —Cuando el venado es tierno es más sabroso.

—Es cierto — dijo Sumac Quimba; —pero ese venadillo nunca crecerá, y poco a poco desaparecerán todos los venados.

—¡Eso qué importa! — dijeron los blancos. — ¡Nosotros somos más importantes que un venado!

—También es verdad lo que decís — añadió Sumac Quimba; —pero si mueren todos los venados, luego morirán todos los animales, y al fin morirán ustedes.



— ¡Cómo vamos a morir nosotros! ¡Tú estás loco!

Los ojos de Sumac Quimba miraron a los blancos con mucha pena:

— Cuando no haya carne — dijo muy suavemente — se comerán los unos a los otros.

Y los blancos quisieron golpearle; porque se habían dado cuenta que Sumac Quimba les estaba hablando de los indios a los que él amaba como al venadillo herido y tierno.



## 5. UNA ENSEÑANZA.

Aquella tarde Sumac Quimba bajó al río y se bañó. El cuerpo se le quedó fresco y brillante.

Los indios de Curi Chicta vinieron a visitarle y le preguntaron:

—Hemos oído que los blancos están haciendo plantaciones muy grandes de palma africana, y nos están invadiendo las tierras por la parte de las cabeceras. ¿Qué podemos hacer?

Sumac Quimba se puso el pantalón y la camisa, y les rogó que le brindaran una taza de chicha. Cuando la tomó, se quedó un rato pensando. Luego les preguntó:

—¿Ustedes qué han pensado hacer?

Ellos se miraron los unos a los otros sin decir nada.

Al fin uno dijo:

—Nos pegan si decimos algo.

—Nos meten en la cárcel — dijo otro.

—Nos obligan a trabajar — dijo otro.

Sumac Quimba no dijo nada.

—Tienes que ayudarnos — le dijeron las mujeres.

—Nosotras no sabemos nada — dijo una de ellas.



Y así hablaron todas, llenando la casa de lamentaciones.

Sumac Quimba no dijo nada.

—Yo creo — dijo uno de los hombres — que tenemos que unimos y no tener miedo.

—Nosotros somos los primeros aquí y tenemos derecho a estas tierras.

—Hay que estudiar más.

Y así todos los hombres dijeron lo que pensaban, hasta que se hizo de noche.

Entonces Sumac Quimba prendió la luz de su chimbuco y la puso delante de su cara. Todos vieron que Sumac Quimba sonreía con cariño.

—¿No nos dices nada? —preguntó uno de los hombres?

—Yo ya he hecho mi trabajo — dijo Sumac Quimba a los hombres. —Ustedes lo han dicho todo y muy bien. Ya es de noche. Lleven luz para el camino y descansen; porque mañana deberán hacer todo lo que ahora han estado hablando.

Y con estas palabras los fue despidiendo saludándolos uno por uno.



## 6. LOS REDENTORES.

Los indios de Curi Chicta no sabían qué pensar; porque casi todos los días llegaba alguna persona de fuera a molestarlos.

Uno dijo:

—Nosotros les vamos a enseñar a ustedes lo que deben hacer si quieren progresar y ser libres.

Otro que venía de una Universidad les dijo:

—Ustedes tienen que conservar sus costumbres, su música, sus tambores, sus pífanos y sus cuentos maravillosos.

Uno que venía del extranjero les aconsejó:

—No se dejen engañar por la civilización. Nosotros estamos cansados de ella. Vivan como siempre sin meterse en problemas. Su selva es grande y maravillosa. Lo que ustedes tienen es lo bueno, lo sano. Nuestra vida está llena de locuras.

Otro que hablaba de Dios les dijo:

—Dios también está con ustedes; pero no se han dado cuenta. Nosotros les enseñaremos a buscarlo.

Con todas estas palabras extrañas, los indios se miraban los unos a los otros pensando que los blancos



estaban locos. Esa misma tarde un grupo de ellos se fue a conversar con Sumac Quimba. Este les invitó a tomar de su chicha, rogando a las mujeres que habían venido que la sirvieran en abundancia. Los indios comentaban los sucesos y se morían de la risa.

Sumac Quimba les dijo:

—¿Se han dado cuenta ustedes de que todos los extraños tienen buenas palabras para aconsejarnos lo que debemos hacer? Hasta ahora nadie nos ha preguntado si estamos de acuerdo o no con sus consejos. Parece que nosotros somos indios sin experiencia, mientras ellos ya están de vuelta de todo. Es una pena que nos consideren así. Nosotros sabemos muy bien cómo debemos vivir en esta selva y podemos escoger lo bueno y lo malo conforme a nuestras costumbres. Lo que ellos nos dicen es con buena intención; pero en el fondo sólo nos muestran su amargura, sus derrotas y sus experiencias de fracasos. Nosotros queremos sobrevivir en libertad abriendo nuestros propios caminos. ¿Y quién mejor que nosotros conoce nuestros propios caminos? ¿O es que esa gente piensa que nos veremos definitivamente obligados a recorrer las sendas que ellos pisaron? Algunos seguramente lo harán si a ellos les parece bien; pero nuestro pueblo tiene además sus propios medios para ser libre y distinto.



## 7. LA CHACRA.

Sumac Quimba estaba plantando yuca en su chacra. Era una chacra pequeña con muy poca yuca y algunos plátanos. Todo estaba bien arreglado.

Vinieron algunos del pueblo y le preguntaron:

—¿Cuánta tierra necesitas tú para vivir?

Sumac Quimba les dijo:

—Yo, muy poca.

Ellos enojados le dijeron:

—¿Entonces para que pides tanta tierra para los indios? ¿No son acaso como tú? ¿No pueden vivir también con menos tierra, trabajándola bien como está la tuya?

Sumac Quimba se quitó el sudor, y les dijo:

—En esta tierra los amigos antes de hablar acostumbramos a saludarnos. Ustedes no saludan. ¿Cómo quieren que les trate: como amigos o como a desconocidos?

Como esa gente no supo qué decir, Sumac Quimba añadió:

—A mí me basta con esta tierra; porque yo lo creo así. Pero si los indios necesitan mucho o poco, lo decidirán ellos y las leyes que los gobernantes consideren



justas. Y si creen que aquí se puede vivir con muy poca tierra, ¿por qué ustedes los blancos parecen aves de rapiña y se quieren quedar con todas? Ustedes saben que para que un terrateniente pueda producir algo que merezca la pena necesita de mucha tierra y muchos animales. ¿Por qué se extrañan de que una gran comunidad india pida muchas tierras para comer de ellas y de los animales que se alimentan de ellas? ¿O no saben que también tienen hijos e hijas y nietos que comen y se reproducen? Ustedes son invasores y desconocen totalmente lo que pasa aquí y el valor de estas tierras. Den lo justo a los viejos dueños, y luego considérense como en su casa; pero no despachen al dueño con el cuento de que no trabaja. Si al dueño le parece bien que los alrededores de su casa sean selva o jardín, reserva o parque silvestre, ¿quiénes son ustedes para echárselo en cara? Ustedes mataron sus propias selvas, echaron cemento sobre sus jardines, cubrieron sus lagunas y arrojaron petróleo sobre sus ríos; y ahora quieren talar los árboles del vecino más débil. Estas tierras son grandes para comer y trabajar; pero pequeñas para vivir y ser libres. Mi chacra es pequeña; pero no sólo de yuca y plátanos vive el hombre como dice una vieja enseñanza. Necesitamos respirar y tener jardines para ser hombres distintos.

Y la gente del pueblo se dio cuenta que Sumac Quimba les decía la verdad.



## 8. EL HUMILDE.

Sumac Quimba dijo muy serio:

—Ustedes no deben andar midiendo las obras buenas. Deben hacerlo todo bien. Así tienen siempre una fiesta en su corazón. La vida del hombre es fuerte y potente; porque somos hijos de buena raza. Podemos volar como los cóndores, y no hay nada más grande que tener alas en el corazón. Las buenas obras las tenemos que sembrar por todas partes. Nosotros venceremos porque somos de buen corazón y luchamos por la justicia. Nuestra tierra ahora está dando sus primeros pasos, y algún día estará toda sembrada. Es verdad que hay cosas que no tienen remedio, y muchos no verán los buenos días que han de venir; porque como los niños, algunos llegan a ser hombres, y otros mueren sin abrir los ojos. Muchas personas son débiles y caminan siempre como enfermos sin querer curarse. Los hombres son como cóndores; pero viven tan desunidos que nunca se ponen de acuerdo para mover las alas y volar alto.

—¿Desde cuándo sabes estas cosas? — le preguntaron los hombres.



—Al principio no las sabía — dijo humildemente Sumac Quimba. —Perdí mucho tiempo por no querer dejar mi orgullo.

—Nosotros somos muy orgullosos — dijeron los hombres con sinceridad.

—Nadie hay totalmente orgulloso. Basta un dolor cualquiera para hundir al más fuerte. Hay algunos sin embargo que se creen muy seguros; pero viven engañados. Solamente quienes permanezcan unidos con humildad podrán volar para ver mejores días. Es muy difícil que el mundo se vuelva atrás en sus locuras; pero muchos están a tiempo para cambiar sus vidas.



## 9. LA CANASTA.

Sumac Quimba estaba trenzando una canasta con sogas de tanshi. Los indios de Curi Chicta veían la habilidad con que las iba trabajando.

—No caigan nunca en una canasta — les dijo Sumac Quimba. —La canasta es nuestro corazón, y los hombres son tigres que tratarán de comérselo.

—Nosotros somos buenos cazadores — le dijeron los hombres.

—Cierto; pero también los peces son buenos nadadores y caen en las redes. No jueguen con huesos que se atraviesan en la garganta.

Los hombres se dieron cuenta que les estaba hablando de viejos dichos ribereños, y se alegraron al oírlos.

—Todo eso ya lo sabemos — dijeron ellos; —pero casi nunca sucede lo que se dice.

Sumac Quimba añadió:

—Es verdad. Hay cosas que suceden una sola vez, y ya no se repiten. A ustedes están tratando de comérselos, y cuando eso suceda, todo se acabó.

—El tigre nunca nos comerá. Nosotros le esperaremos.



—El hombre malo es peor que el tigre — dijo Sumac Quimba. —El tigre es necio y cae en la trampa algún día; pero el hombre malo es como la culebra que escapa de todas las trampas por fuertes que sean. Ustedes hagan bien trenzadas sus canastas para que nadie pueda robarles su corazón.



## 10. EL CAZADOR.

Con motivo de una boda los indios de Huamaní acordaron salir de cacería por el río de la Flecha. Mientras alistaban sus armas, Sumac Quimba bajó a saludarles y desearles suerte en la caza.

—Ustedes — les dijo — ya colocaron su manigua en el camino y conseguirán buenas piezas, sin duda. Yo les deseo buena suerte y que la culebra se aleje de ustedes.

Los indios se alegraron con las palabras de Sumac Quimba, porque él era siempre bueno con ellos y compartía sus penas y sus fiestas, sin pedirles nunca nada.

—Esta escopeta — dijo uno de los indios — es una buena arma; pero para ser buen cazador se necesita conocer bien la selva. Algunos son bobos y por eso sus mujeres se enojan con ellos.

Los indios festejaron con risas a su compañero.

—Deben ayudarse — les dijo Sumac Quimba. —No sean egoístas con los poco hábiles. Ustedes son hermanos.

—Eso hacemos —dijo el cazador, — y además nos ayudamos a traer la carne cuando pesa mucho. Claro



que algunos siempre esperan su parte después del trabajo.

—Está bien; me parece justo. Pero también es cierto que algunos se enojan cuando no han cazado nada y no quieren ayudar a quien lo hizo con suerte, o luego le exigen un trozo exagerado.

—Algunos son así — dijo el indio. —Bueno... — se excusó — casi todos...

Otro de los indios preguntó a Sumac Quimba:

—¿Tú no tienes escopeta?

—No — sonrió Sumac Quimba. —No la puedo comprar. Yo apenas gano nada. Sólo para comer.

—¿Y cómo te arreglas para comer carne?

—Como poca; la que me dan a veces mis amigos y algunos animalitos que consigo con trampas.

—¿No te gusta matar?

—Hay que matar para comer. Toda muerte es triste; pero necesaria. Aunque algunos matan de forma irracional.

—Nosotros matamos por necesidad.

—No todos; y ustedes saben muy bien por qué se lo digo.

—Casi no hay caza — dijo el cazador. —Ahora ni aunque quisiéramos podríamos matar innecesariamente.

—La realidad obliga a los hombres a medir sus actos; pero si yo les hubiera pedido que tuvieran cuidado, no me habrían hecho caso. Ahora todos tenemos dificultades.



—Hemos oído que los hombres también se matan —  
dijo uno de los indios.

—Sí, lo hacen; como si unos y otros fueran animales.

—¿Y ellos tienen necesidad de hacerlo?

—Sin duda. Son cazadores irracionales. Por eso digo  
que la muerte es triste. Es el fin del hombre, de la bon-  
dad, de la vida agradable y bella que se merecen todos  
los hermanos que llenan este mundo. Ahora vayan de  
cacería y recuerden lo que les he dicho.



## 11. EL INDILLAMA.

Los indios de Curi Chicta trajeron a Sumac Quimba un mono perezoso que habían cogido en el río Jibino. Era un mono peludo, de uñas grandes y algo feo.

—Tómalo — le dijeron los indios a Sumac Quimba.  
—No sabemos qué hacer con él.

—Suéltelo — dijo Sumac Quimba con mucha amabilidad.

—Lo traemos desde lejos — insistieron.

—No importa. Si no lo quieren, déjenlo marchar de nuevo.

Así que lo soltaron, y el Indillama se hizo una pelota en un árbol cercano sin ir más lejos.

—Este mono es tonto — dijo uno de los indios. —Si yo fuera él, hace tiempo que habría corrido a esconderme entre los árboles.

—El también desea hacer eso mismo — le dijo Sumac Quimba. —Pero no puede, porque es muy lento y está asustado. Váyanse de aquí y verán cómo él, a su paso, se va a la selva.

—Pero si otros lo ven — insistió el indio — lo cogerán de nuevo y se lo comerán.



—Por eso no se va. Aquí está inseguro y temeroso; pero se siente vivo y compadecido por ustedes. Déjenlo solo; olvídense de él y mañana será feliz de nuevo.

Y al decir esto, Sumac Quimba sintió una gran pena por sus hermanos, pues él sabía muy bien que algunas personas los trataban como si fuesen monos.



## 12. LA INSEGURIDAD.

En la comuna de Curi Chicta hubo un grave problema con los colonos. Estos habían ocupado las tierras de los indios, y aunque fueron expulsados, los hombres vivían en una gran inseguridad.

—La inseguridad es un gran regalo — dijo Sumac Quimba.

—No es verdad — dijeron los hombres. —Nosotros estamos sufriendo.

—El que nada tiene — añadió Sumac Quimba, — ni casa, ni dinero, ni chacra, tiene una gran alegría en su corazón. La tierra entera es su casa. La tierra es como una madre, es tuya, pero también pertenece a tus hermanos. El que nada tiene es rico para ayudar a todos y comer de su pobreza. Por eso digo que la inseguridad es como una gran pepa de oro, aunque no todos la quieran llevar. El hombre que vive cada día sin saber qué le ocurrirá esa tarde, no teme a ladrones ni a poderosos. Come lo que puede y bebe el agua de los arroyos. Estos son hombres especiales que han nacido para ganar siempre, precisamente porque viven inseguros y porque viviendo así, todo lo que hacen es valiente, fuerte y seguro.



—Nosotros antes vivíamos así y nadie nos molestaba y éramos los dueños de todo.

—Sí. Lo que ustedes tienen ahora no es inseguridad, sino miedo, y viven bien seguros de eso. Les han despreciado, les han llamado vagos. ¿Cómo han dejado que les llamen así? ¿Es que a ustedes les llueve la comida del cielo o se pasan todo el día durmiendo? Pues si esto no es verdad, díganles una palabra a esas gentes que les gritan por andar descalzos o porque están felices sin pagar por ello. “¡Vete, vete!”, les dicen a ustedes, “¡me irrita tu presencia!”. Pero ustedes no tienen la ropa sucia; únicamente rota y remendada después. ¿Saben por qué les desprecian? Porque les ofrecen algo que ellos no pueden tolerar: un modo de vivir distinto, sencillo y fiel a sus costumbres. Ya saben que el tigre no recibe a nadie en su cueva. Allí todo está podrido, y la fiera se cree segura en ese lugar hediondo. El blanco dice: “trabajo, dinero, licores, buena vida”, y se revuelca dentro de su cueva, y mata y roba para vivir en ese podrido rincón. ¡Si pudieran llenarían su cueva de muertos! Por eso la vida de muchas personas parece un cementerio.

—¿Entonces tú crees que es mejor que vivamos libres como lo hacíamos antes sin envidiar al blanco?

—Hay muchas cosas buenas entre ellos, y muchas personas maravillosas; pero la vida de ustedes tiene otra ventaja: Si ustedes viven guardando las buenas costumbres y tratándose como una gran familia, cuando



todo cambie, cuando se coloquen puertas en las casas, o algunos ambiciosos vengan a gritarles alocados, ustedes sigan su camino dejando detrás el buen recuerdo de su visita.



### 13. LAS CANCIONES.

La gente buscaba a Sumac Quimba; pero él se escondió en un tambo. Allí estuvo pensando y componiendo canciones que alegran el corazón.

En ese tiempo los hombres tenían el corazón revuelto y se enojaban por nada. Por eso Sumac Quimba, que sufría por sus hermanos y los amaba a todos, se retiró para que no le molestaran, y un día salió de la selva cantando sus canciones.

En una decía:

Vengo desde la selva profunda  
para contaros que ya llega  
el sol de nuestros padres.  
Yo todavía canto las penas  
pero pronto se acabarán  
cuando el sol caliente nuestra tierra.  
Ahora reina la luna fría  
y nada crece; solamente el lodo  
llena los caminos.



Pero el sol quitará la luna  
y la luna se irá  
hacia donde murió el viejo sol.  
El sol nuevo hará crecer  
nuestras chacras  
y el corazón se nos llenará de alegría para siempre.

Los hombres al oír las canciones de Sumac Quimba  
sentían que la sangre se hacía nueva, y muchas mujeres  
lloraban.

De esta manera, el pueblo aprendió la costumbre de  
cantar la música de sus padres, y cuando cantaban, to-  
dos olvidaban sus enojos y riñas y vivían como si entre  
ellos solamente tuvieran un solo corazón.



## 14. EL SILENCIO.

Muchas veces Sumac Quimba no hablaba con nadie. Permanecía solo en su tambo mirando hacia el río y oyendo a su corazón.

— ¿Cómo te diviertes cuando estás solo? — le preguntaban algunos.

Nunca estoy solo — les decía Sumac Quimba con amable sonrisa.

— ¿Con quién hablas?

— No hablo. Escucho y así aprendo.

Y aunque los indios no le comprendían muy bien, estaban seguros de que Sumac Quimba les decía la verdad, porque les amaba.



## 15. LA LUZ.

Sumac Quimba se levantó temprano, bajó al río y se bañó para refrescar su cuerpo. Siempre se bañaba desnudo, y al terminar se frotaba el cuerpo con yerbas de olor.

Cuando llegaron los hombres les dijo:

—Siéntense. Hoy quiero contarles un sueño.

—Nosotros queremos oírlo — dijeron ellos.

—Escuchad: Esta noche vi caer una luz del cielo, una gran luz. La vi un momento, y luego vi que toda la selva ardía con un fuego que nunca se acababa... Y esto es todo. ¿Quién me lo quiere explicar?

—Es difícil — dijeron los hombres. — ¿No ves cómo no sabemos nada?

Sumac Quimba sonrió, movió la mano y dijo:

—Ustedes saben más de lo que creen. Vean: La selva es nuestro mundo y los hombres somos como árboles con luz brillando de noche. Todos los hombres dan luz, los buenos y los malos; porque la luz viene de arriba. Los hombres no tienen luz; la luz la regala Dios a todos y viene de la inteligencia, de arriba. ¿Ustedes han visto correr las estrellas por el cielo? Así corre la



inteligencia por la vida del hombre. Es un regalo maravilloso que nosotros debemos cuidar y mejorar. La inteligencia, el saber pensar bien, hace ver claro en la noche y ayuda a entender lo más oscuro. Muchos no cuidan este regalo, lo desprecian y lo pierden. Es muy importante tener una luz. Los hombres que son como luz nunca se pierden en la selva o en la vida, porque ven muy bien. Y cuando duermen, la luz les hace descansar y les alumbrar los sueños. De estos hombres hay muy pocos. Estos hombres no son como hojas que mueve el viento, no oyen a los necios, son como árbol clavado en tierra que da buenos frutos.

— ¿Cómo podemos tener luz sin fuego? — le preguntaron. — ¡Y si nos prendemos fuego moriríamos quemados!

— No les hablo de fuego — dijo Sumac Quimba, — les hablo de luz. El cocuyo tiene mucha luz y no se quema.

— ¡Es verdad!

— A estos hombres les nace la luz del corazón, y esa luz no muere nunca. Cuando el cocuyo muere su luz se apaga; pero a estos hombres no se les apagará, porque no morirán nunca.

— ¡Cómo va a ser eso!

— Muy fácil. Vean: Cuando llega la noche ¿dicen ustedes que se ha muerto el sol?

— No — dijeron los hombres. — Solamente se esconde detrás de las montañas; pero sale al día siguiente.



—Pues cuando uno de estos hombres que digo muere, sólo se esconde, porque sus obras y sus palabras siguen brillando al día siguiente y siempre. ¿Comprenden?

—Ahora sí entendemos. Quieres decir que lo que uno hace en este mundo, si lo hace bien, es como luz para los demás.

—Has hablado bien, hermano; y recuerden todos que hay luces grandes y pequeñas, pero todas juntas alumbran muy bien.



## 16. LOS NIÑOS.

La chacra de Sumac Quimba era muy pequeña, y más bien la trabajaba para no estar ocioso. Sumac Quimba dejaba que todos comieran de su trabajo, y nunca decía nada a los más pobres si le cogían de su yuca o sus plátanos.

Un día encontró a unos niños que sacaban yuca de su chacra, y les preguntó:

— ¿Por qué estáis cogiendo mi yuca?

Ellos le dijeron:

— Tenemos hambre.

— Y vuestros padres ¿dónde están?

Los niños le dijeron:

— No tenemos padres.

— Entonces está bien — les dijo Sumac Quimba. — Podéis sacar la yuca y luego la prepararemos en mi casa para que comáis.

Los niños sacaron media canasta y se fueron a casa de Sumac Quimba. Este les dijo:

— Pelad la yuca, lavadla, traed agua en una olla y preparáis bastante para vosotros y para mí. Luego barréis la casa y podéis dormir si queréis.



Algunos hombres le dijeron más tarde:

—Hemos oído lo que hiciste con los niños y está muy bien que les dejes comer de tu chacra; pero ¿por qué les obligaste a sacar la yuca, a pelarla, lavarla y cocinarla, y luego además tuvieron que barrer tu casa? ¿No era mejor que les hubieras hecho todo el favor completo haciendo todo eso tú mismo?

Sumac Quimba les miró con pena, y les dijo:

—Ustedes saben que esos niños son huérfanos. Pues bien: yo les he tratado como a personas, no como a huérfanos inútiles. Si les damos todo hecho, ellos sentirán que les tenemos compasión, y poco a poco se harán unos holgazanes. Lo que yo he hecho con ellos es para que se sientan como de casa. En la casa solamente el dueño trabaja y prepara la comida. Por eso es bueno ser compasivos; pero es mucho mejor guardar nuestra costumbre de tratarnos todos como si fuéramos una gran familia.

Y aquella gente quedó muy contenta al oír estas palabras de Sumac Quimba.



## 17. LOS CAMINOS.

Un día Sumac Quimba les preguntó a los hombres de Curi Chicta:

— ¿Qué quieren decir los antiguos cuando hablan de que “quien come echado caerá enterrado”?

— Así mismo dicen — dijeron los hombres; — pero no sabemos lo que nos quieren enseñar con esos refranes.

— Quieren decir — añadió Sumac Quimba — que las grandes comilonas sólo traen enfermedades y muerte. El hombre sensato se sienta a comer y sale de prisa a su trabajo. Sólo el ocioso se tumba tranquilamente para seguir comiendo y bebiendo hasta caer completamente borracho.

— Es cierto — dijeron los hombres.

— ¿Y qué quieren decir con aquellas otras palabras: “No juguéis con redes; porque caeréis enredados”?

— Tampoco lo entendemos — respondieron los hombres.

— ¿No es cierto que quien se dedica a fabricar líos y mentiras al final es él mismo el primero en sufrir las consecuencias?



Los hombres de Curi Chicta comprendiendo muy bien lo que Sumac Quimba les quería decir se quedaron callados.

—Ustedes — les dijo entonces Sumac Quimba — han recibido muy buenas enseñanzas de sus antepasados; pero las han encerrado en sus maletas en un rincón de la casa. Siémbrenlas en su corazón para que les indiquen el camino que deben seguir. ¡Sólo los tontos caminan por la selva sin partir ramas!



## 18. EL VIAJERO.

—¿Quién puede robarnos la alegría? — preguntó Sumac Quimba. —Nos robarán el dinero, la tierra y sus frutos; pero la alegría nunca.

Los hombres le preguntaron:

—¿No crees que si nos roban la tierra también nos robarán la alegría?

—La tierra — repitió Sumac Quimba — les podrán robar; pero si luchan por ella nunca perderán la alegría.

Los hombres no le comprendían.

—¿No saben ustedes — dijo — que hay cosas que no se pueden robar? El valor o el miedo, la necesidad de vivir y la muerte no se pueden robar; y al hombre que no confía en las pequeñeces de este mundo y que va siempre con la bolsa al hombro y su corazón dentro de ella, ¿quién le podrá robar la alegría? Hay que luchar por lo que es de uno; pero sepan que en este mundo nadie es dueño; todos somos como trabajadores en la finca de Dios, y quien roba la tierra a su hermano ¡óiganlo bien! se la roba a Dios, que ya sabrá qué hacer algún día con los ladrones.

—¿Nosotros tenemos que luchar? — dijo uno.



—Es necesario prepararse primero para saber si podremos vencer. El hombre libre que piensa tiene una batalla ganada. Les diré una cosa: Hay batallas que no se ganan con armas o con muchos soldados. Uno busca soldados cuando ya se han acabado las palabras y las razones o lo han invadido sin avisar.

—A nosotros nos están invadiendo.

—Es verdad, y queda poco tiempo. Hay que darse prisa. Ahora somos pequeñas luces y debemos unirnos para alumbrar tantos problemas. Nadie nace grande, sabio o perfecto, y hay que recordar que son muy pocos los días que tenemos para caminar y hacer algo de provecho. No dejen que su corazón haga una casa para siempre en este cuerpo enfermo; no encierren en pequeños problemas su vieja sabiduría. Cuando el corazón no se siente feliz en su casa es que busca cosas más importantes, el cuerpo no tiene lugar para la luz que va creciendo. Y entonces, cuando hayamos hecho nuestra lucha para conseguir una tierra nueva, volveremos a la tierra como las frutas maduras y diremos: “Poca cosa soy; ésta es mi pequeña luz que te brindo, Señor, para mi larga noche de vela contigo”. Y así volveremos a encontrar la paz que perdimos con tanta maldad mientras anduvimos como viajeros por este mundo. Es bueno amar la tierra y luchar por ella; pero es mucho mejor ser luz y alumbrar bien para que a nadie le roben su alegría.



## 19. LA ESCUELA.

Era un día de lluvia. Los aguazales estaban muy llenos y las quebradas cubrían los caminos. Un grupo de niños venía a la escuela cubierto con grandes hojas de Mandi; pero los pobres estaban totalmente mojados, y tiritaban de frío.

El señor profesor dijo a Sumac Quimba:

—Me dan lástima. Vienen desde muy lejos, mojados, y así pasan toda la mañana, con hambre y sin poder estudiar nada. ¿Qué puedo hacer yo?

—Usted no tiene la culpa — respondió Sumac Quimba. —Algunos tendrán que pasar muchas penas para que un día seamos libres y consigamos que nos traten como a personas.

El profesor añadió:

—Antes, cuando no había escuelas, los niños no tenían que sufrir estas penalidades. Sus mismos padres les enseñaban para la vida.

—Es verdad. Pero, amigo, todo camina; y si estos niños no aprenden, morirán. Es necesario sufrir para conseguir algo importante. Hable con sus padres y explíqueles cómo vienen sus niños a la escuela.



—Se lo he dicho muchas veces; pero no me hacen caso. Parece que no les importa demasiado que sus hijos enfermen.

—Pues si sus propios padres no sienten estas penas de sus hijos, amigo profesor, eduque primero a los padres para que sean responsables, y si no le escuchan, dígaselo muchas veces. Aunque sea por no oírsele repetir de cansado, algunos le harán caso. Y dígales que ni siquiera los pájaros más ociosos dejan morir a sus crías debajo del aguacero.



## 20. EL TENIENTE POLITICO.

Entre los que llevaron presos los policías estaba Sumac Quimba. El teniente político abrió un libro que tenía sobre el escritorio y dijo:

—Ustedes han faltado a la ley al no querer colaborar conmigo para hacer la nueva casa del Registro Civil.

Los indios permanecían callados sin entender nada de lo que decía el empleado del Gobierno, quien después de lo dicho pasó a insultar y a aconsejar “paternalmente” al grupo.

—¿Desde cuándo la ley obliga al pueblo a hacer trabajos que son voluntarios? — preguntó Sumac Quimba al teniente político.

—¿Cómo dices tú?

—Le ruego — añadió Sumac Quimba — que nos lea esa ley donde se nos obliga a realizar trabajos voluntarios.

El teniente político, cogido en su propia trampa, cerró de golpe el libro que tenía sobre la mesa y se encaró con “el verdugo” que le había salido respondón:

—¿Es que acaso tú entiendes algo de leyes? — le espetó.



—No hace falta saber de leyes — dijo muy suavemente Sumac Quimba — para darse cuenta de que usted nos está mintiendo. Tenga la bondad de leernos la ley.

— ¡Lo haré si me da la gana! — estalló el teniente político, rojo como la flor del Chuco.

— ¡No se enoje, señor teniente político! — replicó Sumac Quimba. —Más bien nosotros debíamos ser los enojados por habernos traído usted presos sin motivo.

— ¡Yo no estoy enojado!

—Sí lo está, porque le hemos cogido en mentira y sabe que le podemos denunciar por esta injusticia. Y sepa usted que eso mismo vamos a hacer para que aprenda a cumplir con su deber y a respetarnos aunque seamos unos indios incultos.

Esa misma tarde la Comuna cursó una denuncia al señor Gobernador, quien a pesar de todo mantuvo al teniente político en su puesto, como ya era costumbre en la Ribera.

Sumac Quimba, al enterarse de esto, dijo a los hombres de Curi Chicta:

—Sepan ustedes que todo seguirá igual mientras ustedes mismos no se decidan a ocupar esos puestos civiles con una conciencia clara de servir a los hermanos con más justicia y comprensión que los blancos que ahora nos gobiernan.



## 21. LA VENTA.

Los indios de Curi Chicta se fueron a Sumac Quimba para decirle que los blancos les habían engañado.

—¿Qué os han hecho? — les preguntó Sumac Quimba.

—Verás — le dijeron. —Nosotros habíamos hablado con ellos para que nos subieran el maíz al pueblo. Ellos no nos quisieron cobrar por el viaje; pero luego nos mintieron al pesar los costales, y nos robaron en la cara.

—¿Y qué hicistéis vosotros?

—¿Qué íbamos a hacer? Nos callamos por vergüenza; porque ellos nos habían llevado la carga sin pagar.

Sumac Quimba movió la cabeza de un lado para otro.

—Eso no les habría ocurrido — les dijo — si ustedes hubieran arreglado el pasaje a un precio justo. No es bueno pasarse de listos; porque luego no se puede exigir justicia. Paguen cuando deben pagar para quedar libres al momento de pedir que atiendan a sus justos derechos.



## 22. LA PALABRA.

—Tú nos dices cosas muy buenas — le dijeron los indios a Sumac Quimba. —A nosotros nos gustaría hablar como tú a la gente y poder explicarnos bien cuando vamos a hablar con los blancos.

—Una buena palabra — les dijo Sumac Quimba — es como un regalo; el mejor de los regalos. Cuando la buena palabra llega a muchos no se le puede comparar con nada. Pero nadie debe hacerse maestro si antes no lo ha pensado muy bien. Hay que conocer antes muchos secretos que Dios da. Por eso cuando uno dice a un amigo una buena palabra debe saber que Dios está en su pensamiento ayudándole. El hombre que dice la verdad aparece como desnudo ante los demás; y todos no son tan valientes para hacer eso. Uno dice lo que siente y lo que piensa y debe ser un ejemplo para todos. Hay que estar convencido de la palabra que se dice para que nadie te llame mentiroso.

—A nosotros se nos ríen cuando decimos algo — dijeron los hombres.

—No hay que hablar por hablar, sin pensar antes. A veces la gente humilde dice verdades muy grandes,



porque las ha vivido y ha sufrido mucho. Muchos hombres son de corazón prudente y nunca dicen cosas que no son verdad, porque luego otros que saben más les critican con razón. Nadie puede hacerse jefe del corazón y de los pensamientos de los demás. Otros hablan bien y saben hacerse oír; pero deben ser humildes y no molestar a nadie. Nadie critica una buena palabra; pero muchos se cansan de oír largos discursos preparados. Una buena palabra entra en el corazón del hombre como una flecha de cerbatana.

Los hombres guardaban silencio muy atentos a las palabras de Sumac Quimba. Fuera la lluvia caía sobre las hojas de los árboles.

—El hombre que dice una palabra buena, sabe que también es buena la palabra que le cuenta un amigo. La escucha y la piensa en el silencio de su corazón para luego contársela a los demás como si fuera suya, y así las palabras no vuelan, sino que se siembran en el corazón de los hombres. El hombre sabio guarda siempre suficientes palabras para no quedar sin armas a la hora de luchar, y cuando pelea va derecho al corazón para hacerlo cambiar de vida.



## 23. EL GALLO.

El gallo cantó a las cuatro, a las cinco y a las cinco y media. Cantó con muchas pretensiones; pero sin gran éxito. Finalmente cantó a las siete, y ya, se calló avergonzado.

Sin embargo este gallo principiante y algunos más desde la lejanía habían alegrado el amanecer con su esfuerzo.

En casa de Chapillo había nacido un niño deforme, que luego murió a las pocas horas. Toda la gente, viendo tristes a los padres del niño, estaba apenada.

Sumac Quimba les dijo:

—No tengan pena. Ese niño ha sido como el canto del gallo esta mañana. Nació, corrió por el aire y se fue. Del gallo nadie dirá que cantó muy bien; pero nos levantó a todos y nos alegró con su poca voz. Ya se sabe: todos los huevos no llegan a reventar, aunque la gallina los incubó igual, y también muchos pollitos mueren tiernos. Somos tan poco, que apenas alentamos ya se nos va la vida. La vida es lo más grande y la muerte el mayor sufrimiento, porque nos reduce a un palo podrido.



Pero una cosa es cierta: el aire que llenamos durante el breve momento de nuestra vida es como una música que nosotros hacemos y no muere nunca; porque Dios ya la tenía preparada desde siempre.

Y aquella gente sintió que Sumac Quimba estaba diciendo algo que le nacía del corazón.



## 24. LA MUERTE.

Sentados a la sombra de un naranjo los hombres tomaban una taza de chicha espesa y olorosa. Sumac Quimba les dijo:

—Nos estamos acabando. Ya no hay hombres de verdad. Todos andan preocupados y no pueden vivir libres. Han tomado un camino equivocado.

Los hombres le dijeron:

—Nosotros queremos ser libres; pero no estamos educados. Apenas algunos de nosotros saben leer y escribir. Nadie nos enseña como debe ser.

Sumac Quimba sonrió con aquella increíble dulce sonrisa.

—Mientras vivamos — les dijo — todo es posible, excepto escapar de la muerte. Los muertos ahí se quedan. ¡Sólo los vivos tienen problemas! ¿O no creen ustedes que es hermoso poder luchar sobre esta tierra en que nacimos y que nos da de comer? Nosotros somos como una pequeña semilla que vive dentro de la tierra y que, aunque parece muerta, está viva. La tierra no guarda muertos, sino vivos que se han ido a pasear con Dios.



—Estas cosas que nos dices — le dijeron los hombres— son muy bonitas; pero no las entendemos muy bien.

—Entonces piensen — les dijo Sumac Quimba; — para eso tienen cabeza. ¿Ustedes no sienten que están viviendo? ¿Y no han oído decir que si el grano de maíz no muere no vuelve a nacer? Ustedes tienen que morir a sus maldades para que nazcan buenos. Hay que cambiar de vida y enterrar los vicios. ¿Esto sí lo entienden? ¿No se han dado cuenta cómo trabajan los muertos? Ellos alimentan a las raíces debajo de la tierra y nosotros comemos los frutos que los árboles nos dan. Nadie muere; sólo se cambia para penetrar más adentro donde los vivos no pueden ir. Y que nadie tenga miedo, porque Dios nos acompaña.

Los hombres se miraron unos a otros moviendo la cabeza.

—¿No comprendéis? — sonrió Sumac Quimba. —No es difícil. Quiero decir que cada día nos morimos un poco, tenemos tristezas y nos hacemos más viejos. Pero el morir no tiene importancia, porque Dios nos ama.

Los hombres le dijeron:

—Nosotros a veces estamos tristes; parecemos perros sin amo.

—Hermanos — dijo Sumac Quimba, — la tristeza es un trabajo inútil; es como una buena comida echada a los perros. Los que andan por ahí como locos están equivocados, tienen el corazón vacío, echan su comida



a los perros. No hagan ustedes así. Vivan alegres, pues todos somos iguales y nuestra alegría nace de lo más profundo de esta tierra que Dios puso en nuestro corazón. Nuestras raíces comen bien y están alegres. ¿Quién ha visto que un muerto se crea más que otro? ¿Quién ha visto a un muerto que se ría de un indio o de un pobre? Cuando todos hayamos muerto a nuestros vicios, seremos iguales y felices.



## 25. LOS MEDICOS.

Eran días difíciles, de muchos cambios; pero algunos que mantenían abiertos los ojos y los oídos no se creían todos los cuentos que corrían por la Ribera.

Uno de esos días avisaron a la Comuna de Curi Chicta que al siguiente día llegarían dos médicos para hacerles una visita de parte de la Jefatura de Salud. La Comuna se reunió y esperó inútilmente hasta muy tarde. Luego todos regresaron a sus casas.

Al día siguiente, ya entrada la mañana, se acercó al tambo de Sumac Quimba una hermosa canoa llena de gente.

— ¡Hola, muy buenos días! — saludaron. — ¿No está la gente reunida?

— ¿Son ustedes los médicos? — preguntó Sumac Quimba con amabilidad.

— Sí — respondió uno de los hombres. — Ustedes estaban avisados de nuestra llegada ¿verdad?

— Sí — dijo Sumac Quimba. — Ayer perdimos todo el día esperándoos.

— Es que no pudo ser — dijo el médico. — Tuvimos dificultades. ¿Podrían reunirse ahora?



—No lo creo. Viven muy lejos y estarán en sus trabajos ya que no les esperan a ustedes. Los animalitos y el campo no se pueden abandonar.

Y viendo Sumac Quimba que en la canoa había mucha gente, preguntó:

—¿Todos ustedes son médicos?

—No — respondió el doctor. —Ellos vienen a pasear.

—¿Qué pena!

—¿Por qué dice usted ¿qué pena!?

—Porque mientras estas personas pasean intentando conocernos, nosotros nunca sabemos con certeza si ustedes, los médicos, llegarán o no. Nuestras enfermedades no se curan con una visita rápida. Necesitamos atención médica permanente. No creo que a ésta gente de Curi Chicta les agrade verles a ustedes tan acompañados. Pueden sospechar que su retraso sea debido precisamente a esta compañía que traen.

El médico contestó algo resentido:

—Nuestra intención es buena. El tiempo no da para más, y ustedes viven muy alejados.

—Eso ya lo sabemos. Antes tuvimos nuestros propios promotores de salud y nuestros curanderos que eran muy efectivos. Pero ustedes nos quitaron a los primeros por razones muy discutibles, y se burlaron de los curanderos negándole valor a su medicina. Comprenderá usted que un muerto y enterrado difícilmente entonará cantos a la salud y a la vida. Es difícil recobrar con investigaciones lo que fue muerto con burlas y politiquerías.



## 26. LOS HABLADORES.

Los indios de Curi Chicta hicieron una reunión, e invitaron a Sumac Quimba para que oyera a los jefes que ellos tenían y que les enseñaban.

Sumac Quimba escuchó muy atento y con mucho respeto a los que hablaban.

Más tarde, cuando volvieron a su casa, algunos hombres fueron a preguntarle qué le habían parecido sus jefes.

Sumac Quimba estuvo pensando un rato, y luego les preguntó:

—¿Quién ha elegido a esos hombres?

—Nosotros — le dijeron ellos.

—¿Y son los mejores?

—Creemos que sí; aunque nosotros no sabemos elegir muy bien.

—Esos hombres — les dijo Sumac Quimba — sí pueden ser jefes; pero aún no están preparados.

—¿Por qué dices que no están preparados?

—Basta oírles una sola vez para darse cuenta. En mi opinión el primero habló demasiado de cosas que a ustedes no les interesaban; y eso que llevaba escrito lo



que debía hablar. Quiso hacerse el interesante, y todo lo que hizo fue perder el tiempo. El segundo que habló estaba algo borracho y para comenzar se enojó con todos, pues a su modo de ver esa era la forma de tenerlos dominados a ustedes y salirse con la suya. A éste nadie le pudo responder nada, porque para todo tenía una solución. Este hombre puede ser un jefe muy bueno; pero se cree demasiado y estoy seguro que no durará mucho porque se hundirá con sus pretensiones. El tercero fue peor. Sólo dijo palabras necias y vanidosas, contándonos lo que hacía y deshacía en su Comuna. Quería brillar, pero en su corazón no sentía nada de lo que estaba diciendo.

Los hombres, muy apenados, le dijeron:

— ¿Tú crees que estos jefes no tienen nada bueno?

— Eso no es verdad — les dijo Sumac Quimba. — Les he dicho que todos ellos pueden ser jefes; pero no están preparados.

— Pues si así son los mejores — dijeron los hombres — cómo podremos elegir a nuestros jefes?

— Escuchen esto — terminó diciendo Sumac Quimba: — Los mejores jefes son aquellos que siempre van por delante con su propio esfuerzo y luego enseñan con sus palabras lo que antes han vivido en su corazón. Los verdaderos jefes tienen la humildad suficiente para no vivir como si fueran dueños de todo.



## 27. LA CAZA.

Los animales de la selva habían escapado hacia el centro, y ya nadie cazaba nada. Los hombres caminaban un día, dos días, y regresaban a casa cansados y llenos de enojo.

—Con tanto helicóptero y tanto ruido los animales se van asustados — decían a sus mujeres.

Luego tomaban varias tazas de chicha y se iban a dormir llenos de pena.

Sumac Quimba estaba comiendo unos plátanos asados en la brasa, cuando vinieron a decirle que maldijese a la gente que trabajaba en el petróleo.

Sumac Quimba les invitó a sentarse y les dijo:

—Cálmense. Luego hablaremos.

Los hombres después de un rato ya estaban tranquilos.

—Ahora díganme — les preguntó Sumac Quimba:

—¿Cuántos animales han matado esta semana?

Ellos le dijeron que unos pocos; pero que antes mataban muchos más y comían hasta hartarse.

—¿Cómo es que ahora no matan? ¿Acaso se han vuelto malos cazadores?



trar que uno es libre y está feliz hay que arriesgarse. Las culebras cantan y me imitan; porque saben que yo atraigo con mi canto a los que pasan por el camino. Pero la culebra es traidora y canta para poder matar.

—Muchos hombres son como las serpientes — dijo Sumac Quimba. —Engañan con el canto de los buenos para poder matar y comer. Huye de esos hombres, amigo sapo.

—Algunas veces les he visto pasar por mi camino — dijo el sapo. Cortaban árboles y plantaban en una tierra que no era suya. Yo me callé; pero más tarde canté con todas mis fuerzas para avisar a los propios dueños que les estaban robando su tierra; pero los muy tontos creyeron que estaba avisando que venía la lluvia.

—Tienes razón, amigo — dijo Sumac Quimba. —Ellos ya no son niños y deberían saber que lo que tú les estabas avisando era que venía una gran tormenta.



## 29. LAS ABEJAS.

Entre los animalitos Sumac Quimba tenía un especial cariño por las abejas, tan trabajadoras, tan dulces, tan desinteresadas. Un enjambre de ellas había hecho su casa en el hueco de un árbol, y desde la mañana hasta la noche su alegre zumbido llenaba el lugar.

Sumac Quimba se acercó para observarlas, y apenas se hubo sentado sobre el tronco de un árbol caído, las abejas vinieron a chuparle la sal de su cuerpo.

— ¡Hola, hola! ¿Cómo está el día? — les preguntó Sumac Quimba.

Las abejas se echaron a reír mientras le hacían cosquillas sobre la piel.

— ¿No te importa que chupemos tu piel? — le dijeron.

— No; pero en verdad que sois molestas.

— No te hacemos ningún mal. Nosotras no tenemos aguijón. Aguántate un poco hasta que llevemos a la colmena la parte que nos corresponde.

— Bueno — dijo con amabilidad Sumac Quimba; — pero recordad que sois miles y me ponéis muy nervioso con vuestras patitas.

Después de un rato Sumac Quimba se acercó a la col-



mena y metió la mano para sacar una bolsita de miel.

—Ten cuidado — le dijeron las abejas. —Ahí cerca están nuestras crías y las puedes matar.

Cuando Sumac Quimba hubo bebido aquella dulcísima miel sintió que le llenaba una nueva fuerza.

—El fruto de vuestro trabajo es incomparable — les dijo a las abejas. —Tan pequeña cantidad de alimento ha conseguido alegrar mi cuerpo.

—Nosotras damos toda nuestra vida en esencias — contestaron las abejas. — ¡Es que vivimos tan poco!...

—Tampoco nosotros vivimos mucho — respondió Sumac Quimba — y gran parte del tiempo se nos va en comer y dormir. Tan sólo nuestro corazón está preparado para fabricar las mejores esencias; pero somos torpes y no sabemos elegir las buenas yerbas.

—Eso es imposible — le respondieron las abejas. —Nosotras conocemos desde el primer día cuáles son las flores que debemos elegir.

—También los hombres las conocen, pero ya os digo que somos necios y torpes. No sabemos volar y nos cansamos de buscar siempre lo mejor. Por eso nuestra miel es ácida y desabrida. Si alguien come de ella apenas si se siente feliz. Y esto me entristece.

— ¡Qué pena! ¡Diles que vengan y les enseñaremos cómo fabricar la más dulce de las jaleas!

— ¡Ese es el problema, amigas mías! Los hombres hace tiempo que sellaron sus celdillas con la poca miel amarga que habían fabricado.



### 30. LOS CHIROS.

Era una mañana fresca y agradable, con mucha luz y un fuerte olor a yerba. Desde muy temprano los Chiros llenaron el aire de trinos y cantos, volando entre los árboles en busca de pajas y gusanos.

Sumac Quimba vio aquel febril trabajo de las aves y se acercó a ellas para contemplarlas. Los Chiros se alborotaron.

— ¡Tranquilos, amigos! — les dijo Sumac Quimba. — Seguid en vuestros trabajos. Sólo quería saludaros y agradeceros vuestra bondad.

El Curaca de los Chiros se volvió a él con agrado:

— ¿Tú quieres agradeceremos nuestra bondad? — le preguntó. — Que yo recuerde nunca hemos tenido tratos contigo.

— ¡Ta, ta, ta! — sonrió Sumac Quimba. — Todas las mañanas armáis el más agradable alboroto para mí. Me agrada.

— ¡Esta muchachada...! — rió a su vez el Curaca. — ¡Son imposibles! ¿Qué se puede hacer con cuatro y cinco familias en una casa?

— Es maravilloso — afirmó Sumac Quimba.



—Sí — dijo el Curaca. —Pero hay que trabajar de firme para llenar esas panzas vacías. Manda a éste, cuida a aquél, regaña al otro, ayuda al de más allá...; pero no me quejo. Todos trabajan en lo suyo lo mejor que pueden y al llegar la noche se duermen como benditos.

—Es una bendición — aseguró Sumac Quimba. —Entre nosotros antes era igual; pero no ha sido posible mantener esa vieja tradición de la selva.

—Nosotros no hemos progresado apenas nada; en cambio los hombres están siempre pensando cómo mejorar su vida.

—Vuestras casas y vuestra forma de vivir — dijo Sumac Quimba — son los mismos de hace mil años; pero es suficiente y os va bien. Nosotros no hemos encontrado la solución con los cambios, y eso que nosotros somos los amos del mundo.

—Entonces — dijo el Curaca — es que los hombres nunca se contentan con lo que son y con lo que tienen.

—No — dijo Sumac Quimba. —A ellos no les importa vivir bien y en paz, sino tener mucho, tener siempre más.

—Ahí está la equivocación — aseguró el Curaca.



### 31. EL MONO.

Los cazadores persiguieron a una manada de monos matando algunos de ellos y cogiendo vivo a uno. El mono estaba herido en una mano y se lamentaba.

—Cúrenle — les dijo Sumac Quimba a los hombres.

—No está bien que lo dejen sufriendo así.

El mono se dejó curar mansamente y luego se puso a comer un plátano que le habían dejado cerca. Miraba a los hombres con recelo. Sumac Quimba tuvo pena al verlo tan humillado.

—Nunca se rían de un animal — les dijo a los hombres.

—No lo hacemos — dijeron ellos. —Trae mala suerte.

Sumac Quimba miró a los hombres con afecto, y añadió:

—Muchas personas los persiguen a ustedes como a animales, sólo por diversión y porque los tienen como inferiores. Por eso cuando no los matan tratan de curarlos y de alimentarlos con bananos.

Los hombres se miraron entre sí al oír estas palabras tan duras.

—Nosotros no somos animales, ni monos — dijeron.



—Ya lo se. Pero para algunos el color de su piel y la vida que llevan les hace pensar que lo son.

— ¡Cómo va a ser eso!

—Cuando no hay amor toda crueldad es posible. Unos han nacido en casas de reyes, otros en cuevas y otros en el monte. Tan sólo el amor puede unificar estas divisiones. La ropa no cambia al hombre. Por dentro todos somos iguales y por eso los hombres debemos desnudarnos.

— ¡Ya no! — dijeron los hombres. Hemos tenido que sufrir mucho para poder vestir y ser como los demás ciudadanos.

—Hay que desnudar el corazón de odios, mentiras y crueldades. Vean a ese mono herido: ni piensa, ni sabe lo que será mañana de él; pero siente que algo no está bien en su vida. A él nunca le han curado, ni ha comido bananos; pero está sufriendo un dolor y un hambre que no tenía hace un rato. Ustedes llevan camino de ser pobres animales heridos y asustados entre montones de bananos dulcísimos.

A los hombres no les gustaron estas palabras de Sumac Quimba y se fueron enojados. Pero el dueño de la casa volviéndose hacia él, le dijo con humildad:

—Perdónales, hermano; ellos ya lo han comprendido; pero les duele que alguien les diga esas cosas, porque son incapaces de cambiar de vida.



## 32. EL TUCAN.

Sumac Quimba salió a la selva en busca de algunas semillas para comer. Mientras iba por el camino se encontró con un hermoso Tucán que le miraba desde una rama.

—¿Qué haces ahí, hermano? — preguntó Sumac Quimba.

—Como semillas y miro al mismo tiempo — contestó el Tucán.

—Sí — respondió Sumac Quimba. —Los tiempos están difíciles y hay que avisparse para comer.

—A mí no me falta comida — dijo el Tucán. —Los que me asustan son los hombres que vienen ocultos entre las ramas y me buscan. Mi carne no vale mucho; pero les gusta mi plumaje.

—Es una pena — murmuró Sumac Quimba. —Los hombres no respetan nada. Siempre encuentran algún pretexto para hacer de las suyas: al que tiene, lo odian por sus riquezas; y al que no tiene lo matan porque les estorba. Tu carne, hermano Tucán, la desprecian; pero te matan para lucir un collar con tus plumas. ¡Más te hubiera valido vestir de gallinazo!



—Así pienso, hermano; pero si todos fuéramos como el gallinazo este mundo hace tiempo que olería a podrido.

Al oír estas palabras Sumac Quimba meneó la cabeza y prosiguió su camino sonriendo.



### 33. LA SERPIENTE.

Sumac Quimba encontró una serpiente en su camino. Ella al verlo alzó la cabeza y se dispuso a atacar.

—Espera, hermana — le dijo Sumac Quimba. —No cometas imprudencias. Yo nada te he hecho y soy más fuerte que tú. Serénate y descansa que yo te aprecio.

La serpiente se enroscó en una rama y metió la cabeza avergonzada entre sus anillos.

—Hermano — le dijo a Sumac Quimba, — ésta no es vida. Todo el mundo me persigue como si yo fuera un animal dañino. Los ratones entran en las casas, las cucarachas se comen los plátanos, los gavilanes roban gallinas, las guatusas comen la yuca... Yo ¿qué? Apenas si me alimento de sapos y ranas y no me meto con nadie; ni entro a las casas, ni robo gallinas, ni como plátanos, ni estropeo la yuca... y todos me persiguen a muerte.

—Hermana serpiente — le dijo comprensivo Sumac Quimba, — muchas personas sólo se fijan en las apariencias, y no preguntan si tú eres bella, grande o chica. Tú eres una serpiente nada más y debes morir, porque ellos así lo han determinado.



—Pero eso es injusto. Yo también soy parte de esta selva y no me meto con nadie.

—Hay gente — respondió Sumac Quimba — que tiene por costumbre pisar, aplastar y matar todo lo que cree dañino, guiándose tan sólo por las apariencias. Y te aseguro, hermana serpiente, que no hablo únicamente de los animales. Vete — añadió Sumac Quimba, — sigue tu camino y vive alerta; porque mucha gente cobarde antes de plantarte cara, te echará sus puercos para que te destrocen.



### 34. LAS GARZAS.

Cerca de Curi Chicta había un árbol seco donde se posaban las garzas para pasar la noche. Al atardecer venían volando a ras del agua y cruzaban silenciosas cerca del tambo de Sumac Quimba.

De vez en cuando cinco garzas rosadas aparecían por aquel lugar, y después de posar sus patas sobre la arena mojada de las playas, volaban hacia alguna laguna oculta.

Muchos años antes las garzas rosadas venían en bandadas y llenaban el aire de la tarde. Ahora estaban desapareciendo y nadie se preocupaba de ellas.

Las garzas blancas nunca se juntaban con las rosadas, ni les daban un lugar en su árbol porque temían a los cazadores que buscaban las plumas hermosísimas de aquel grupito de garzas. Y así, las pobres aves que estaban a punto de extinguirse, ni siquiera encontraban amistad entre sus hermanas las garzas blancas.

Sumac Quimba al contemplar aquel pequeño grupo de garzas bellísimas tuvo una gran pena por ellas porque, aún sin quererlo, le recordaban los sufrimientos y el olvido en el que vivían los pocos hermanos que le iban quedando.



### 35. EL NIDO DE LOS AZULEJOS.

Algunos extranjeros habían venido a visitar Curi Chicta, y cortaban sin permiso de nadie los grandes limones que crecían a lo largo del camino.

Sumac Quimba, sentado delante de su tambo, observó a los extranjeros sin decir una sola palabra. Ellos, al verlo, dejaron de coger los limones.

En uno de los limoneros una pareja de azulejos había construido su nido. Sumac Quimba observó cómo los pajaritos se escondían algo alejados del nido, esperando que los intrusos se fuesen. Los extranjeros no vieron a los azulejos; pero Sumac Quimba sí los veía asustados y con los ojos inquietos. Al fin aquella gente se fue y los pájaros volvieron a su nido.

—Ustedes saben — les dijo esa tarde Sumac Quimba a sus amigos — que lo que uno planta en su tierra es de él; pero es bueno que siempre lo reparta entre los que no lo pueden tener, cuando le sobra. Algunos sin embargo, ni plantan, ni cuidan: toman de lo que otro plantó para comérselo.

—A nosotros nos tratan mal — dijeron los indios.  
—Cuando salimos a las ciudades no nos dan ni agua.



¡Cuánto menos un lugar para dormir! En cambio la gente de las ciudades cuando viene aquí quiere que le demos comida y casa gratis, y además toma los frutos y los animales de nuestras casas como si fueran de él, sin ningún respeto.

—Es que ellos son inferiores a ustedes — les dijo Sumac Quimba. —Han sido educados en el egoísmo y en la ambición. Así viven y así mueren, luchando por conseguir un trozo de tierra para sus huesos. Hoy vi a unos extranjeros que tomaban mis limones delante de mis propios ojos y eso que yo era el amo. Pero eso no fue lo peor: En el mismo árbol había un nido de azulejos, y ellos no pudieron verlo. Así le ocurre a esa gente: se pasan la vida de árbol en árbol mirando lo que pueden sacar del trabajo de los demás. No conocen el respeto, y mucho menos las maravillas que Dios ha puesto en medio de los hombres.



### 36. LA TILLI.

Sumac Quimba estaba limpiando la chacra cuando una hormiga Tilli le mordió en un pie.

— ¡Eh! ¿Qué haces tú?

La hormiga, luego de morder, trataba de esconderse de la enorme estatura del hombre; pero como todo estaba limpio sus esfuerzos eran inútiles.

Sumac Quimba se inclinó tomándola por medio del cuerpo con suavidad para no hacerle daño.

— ¡Por qué tratas de esconderte ahora? — le preguntó a la hormiga.

— Me he asustado al ver tu pie tan grande y el ruido terrible que haces con el machete. Antes casi me vuelas la cabeza. La verdad es que estaba bastante irritada contigo.

Sumac Quimba la depositó sobre una rama de yuca para que cobrara confianza y se le pasara el susto.

— Tienes razón — le dijo. — Se me había olvidado tu pequeñez y cortaba la maleza sin preocuparme de ti. No te reprocho tu mordisco. Comprendo que estuvieras irritada. Sin embargo te aseguro que ahora me duele el pie terriblemente.



—Más me hubiera dolido a mí el filo de tu machete. Ahora no estaría hablando contigo.

—Sí; también eso es verdad. Los hombres nos olvidamos siempre de los pequeños y los aplastamos aun en aquellos momentos que creemos estar obrando el bien. ¿Ves? Yo ahora me había olvidado de ti por limpiar mi chacra.

—Exacto. Dices muy bien. Porque ¿a ver? ¿qué mal te he hecho yo?

—Ninguno, amiga Tilli. Supongo que debo aceptar tu mordisco sin quejarme.

—Eso tampoco, y lo siento. Pero otra vez cuando limpies tu chacra recuerda que yo y mis hermanas andamos por ahí debajo buscando nuestra comida sin molestar a nadie.

Y Sumac Quimba, desde ese día, cuando iba a limpiar su chacra desde mucho antes se lo hacía comprender a los animalitos para que se apartaran del filo de su machete.



### 37. LOS PESCADORES.

Aquella mañana un grupo de jóvenes surcaba el Napo hacia la laguna de Huiririma para echar las redes en la bocana.

—Está surcando el Mijano — le dijeron a Sumac Quimba.

—Muy bien; tengan cuidado y recuerden que no deben jugar con las redes.

— ¡Eso les ocurre a los tontos! — dijeron los jóvenes soltando la risa.

—Todos somos en ocasiones un poco tontos — replicó Sumac Quimba.

— ¿Quieres que te regalemos algunos pescados? — le preguntaron luego los jóvenes.

—Bueno; si tenéis suerte, muchas gracias. Podéis llevar algunas yucas de mi chacra si queréis.

—No. Te regalaremos el pescado.

—Bien; entonces id no más.

Era más de la media tarde cuando regresaron los jóvenes, alegres; pero sin nada.

—Ya ves — le dijeron a Sumac Quimba; — te prometimos pescados y sólo traemos hambre.



—Subid a casa — les dijo él con bondad. —Os daré un poco de chicha para calmar la sed.

Los jóvenes subieron al tambo de Sumac Quimba y bebieron agradecidos la chicha fresca que les brindó.

—Otro día te regalaremos unos buenos pescados; porque hoy te prometimos inútilmente.

—Está bien; otro día — les dijo Sumac Quimba. —Lo importante es no perder la esperanza. Todos los días tenemos que comer y antes o después cogeréis los pescados en vuestras redes. Pero también lo que os he dicho esta mañana es verdad: No seáis vosotros los que caigáis en ellas.

—Pues, efectivamente — dijeron los jóvenes a Sumac Quimba, — hoy hemos sido nosotros los que hemos caído en la trampa.



### 38. EL PERDON.

Uno de esos días los hombres de Puma Yacu tuvieron un altercado con sus mujeres después de acabar una fiesta, porque algunas de ellas se emborracharon y les insultaron. Ellos, como no conocían manera de meterlas en cintura, les dieron una soberana paliza y se fueron a casa de Chapillo a beber aguardiente hasta que se les fuera la ira.

A la mañana siguiente las mujeres estaban avergonzadas, pero también rabiosas con sus maridos.

Cuando Sumac Quimba se enteró del suceso, subió a la casa del Capitán de la Comuna donde se habían reunido hombres y mujeres para hacer las paces. En un rincón estaban las mujeres, silenciosas y con la cabeza gacha. En otro, el grupo de hombres parecía avergonzado, sin salir del todo de su borrachera nocturna.

—Bueno — les habló el Capitán: —Lo que ocurrió ayer no está bien; y ahora es conveniente que todos ustedes se perdonen antes de volver a casa.

— ¡No me da la gana! — estalló una de las mujeres.  
— ¡No le quiero perdonar a mi marido!



Sumac Quimba estaba sentado en un tronco oyendo, sin decir nada y con la cara muy seria. Los hombres no se atrevían a mirarle por la vergüenza.

—Te pido que me perdones — le dijo el marido a la mujer.

—No quiero.

—Te está pidiendo perdón — dijo el Capitán a la mujer.

—Ya se; ya lo he oído. Para él es fácil pedir perdón.

—Perdónale — rogó el Capitán a la mujer.

Se hizo un silencio largo.

—Está bien — dijo entonces la mujer; — con la boca le digo: te perdono; pero en mi corazón no siento nada. ¿Acaso vale para algo que se lo diga?

—Perdóname — insistió el hombre, ahora con mucha humildad.

La mujer no dijo nada. Todas las mujeres se callaron.

Los ojos del Capitán y los de los hombres se volvieron hacia Sumac Quimba como pidiendo una ayuda. Sumac Quimba permaneció silencioso, dejando que los hombres avergonzados solucionaran el problema por sí mismos.

Las mujeres querían que los hombres les pidieran perdón y ellos no se atrevían a decírselo. Finalmente todos, a media voz, rogaron a sus mujeres que les perdonaran.

— ¡Es mentira! — dijo otra mujer. — Siempre dicen lo mismo. No les creemos.



Hay que perdonar — dijo el Capitán. — Así nos han enseñado. Son nuestras costumbres.

Tras otro prolongado silencio y bisbiseo entre las mujeres, se les oyó decir:

— Está bien; les perdonamos.

Los hombres levantándose de sus asientos se acercaron a todas las mujeres dándoles la mano y pidiéndoles perdón una por una. Luego, en silencio, cada familia tomó el camino para su casa.

El Capitán parecía haber salido de un gran apuro. Después de ofrecer una taza de chicha a Sumac Quimba le dijo:

— Ya he visto que no has hablado nada; pero te agradezco que hayas venido, porque sólo con tu presencia ya les has dicho mucho.



### 39. EL CORAZON ALEGRE.

Sumac Quimba era un hombre muy sincero. Hacía que su pensamiento fuera todo corazón y era feliz en su pobreza. Tenía la costumbre de mirar hacia dentro para ver lo bueno de las cosas reflejado en el lago de su vida simple y sencilla como una yerbita cualquiera del campo. Los indios venían para preguntarle:

—¿Qué tenemos que hacer para vivir bien y ser buenos?

Sumac Quimba les decía:

—Ustedes han oído decir que los antiguos eran hombres de verdad, valientes, cazadores, buenos hermanos, libres como el viento del mediodía. Han oído decir que nuestros abuelos eran un bravo pueblo y todos andaban desnudos.

—Nosotros — dijeron los indios — también somos valientes y hemos progresado. Y no andamos desnudos.

—Es verdad; pero también hemos vestido nuestro corazón para que no se le vean las maldades. Nuestros abuelos amaban al sol y a la luna y eran bondadosos. Nosotros conocemos la verdad y adoramos a Dios; pero hemos perdido la bondad que nos hacía libres.



—Hemos oído también que nuestros abuelos eran malos con los enemigos y muchas veces se mataban por odio.

—Al ignorante se le pueden perdonar sus errores cuando no hay nadie que le enseñe; pero ustedes saben muy bien de dónde les vienen sus maldades.

—¿Por qué?

—Porque.

—Ustedes han dicho que los antiguos eran hon-  
ras de verdad, valientes, corajosos, buenos hermanos  
líbricos como el viento del mediodía. Han dicho decir que  
nuestros abuelos eran un bravo pueblo y todos andaban  
demandando.

—Nosotros — dijeron los indios — también somos va-  
lientes y buenos progresados. Y no andamos demandando.

—Es verdad; pero también hemos vestido nuestro  
corazón para que no se le vean las maldades. Nuestros  
abuelos existían al sol y a la luna y eran bondadosos.  
Nosotros creamos la verdad y adoramos a Dios; pero  
hemos perdido la bondad que nos hacía libres.



#### 40. LA TORMENTA.

Había sido un día extraordinariamente caluroso, y al caer la tarde una franja de nubes negrísimas avanzó por el horizonte cubriendo todo el este de Curi Chicta. Luego se levantó un viento fortísimo que arrastró en tolvaneiras la arena de las playas e hizo gemir las casas de paja de los indios. Finalmente aquel negro presagio se desató en una tormenta de truenos, rayos y agua hasta asemejarse al día del diluvio.

Un rayo partió en dos la palma de chonta que crecía cerca del tambo de Sumac Quimba, pero ninguno de los indios se acercó a ver qué había pasado por miedo de las olas que se habían levantado con la tormenta en el río.

Al amanecer del siguiente día, algunos de ellos se llegaron temerosos al tambo de Sumac Quimba para brindarle su auxilio si era preciso; pero lo encontraron tranquilo tejiendo una shigra.

—Creímos que te habías muerto — le dijeron como saludo.

—Poco faltó — les respondió Sumac Quimba invitándoles a subir.



— ¿No tuviste miedo?  
— Sí, bastante. Me sentí muy poca cosa ante tanta fuerza.

— Nosotros también tuvimos miedo.

— Es natural el sentir miedo cuando uno se ve impotente ante algo. Yo tuve verdadero miedo cuando el rayo estalló cerca del tambo quebrando la palmera. Fue tan rápido y tan terrible que me quedé temblando.

— Nosotros — le dijeron los indios — pensamos que estas cosas sólo nos pasaban a nosotros.

— ¿Por qué razón pensáis que yo soy distinto de los demás?

— No, ya sabemos que eres como todos nosotros; pero no imaginábamos que tú podías tener miedo.

— Sí, sí tengo miedo muchas veces — añadió sonriente Sumac Quimba — y me alegro de tenerlo. Mientras lo tenga sabré que debo seguir amando más profundamente hasta no temer a nada ni a nadie.

— Eso es cierto — dijeron los indios. — Nunca se tiene miedo de aquella gente que sabes que te ama.

— Nunca — repitió Sumac Quimba. — Confíad por lo mismo siempre en Dios.



## 41. EL VIENTO DE LA SELVA.

Aquella mañana, mientras la Comuna se preparaba para una reunión, su Presidente se apartó del grupo y se fue a oír el vienteccillo que corría entre las hojas de los árboles.

Llevaba allí un rato tranquilo, gozando de aquella paz, cuando oyó que llegaba Sumac Quimba y lo llamó:

—Ven, hermano. Quiero que disfrutes conmigo de esta tranquilidad. Es maravillosa. ¿Cómo no puede gustar este silencio, el aire que corre, las hojas que se mueven y las mariposas que vuelan? Es increíble. No me extraña que toda esta gente viva tranquila, sin importarle nada de lo que pasa alrededor. Para ellos este lugar es el mejor de todos los que existen.

Sumac Quimba sonrió al Presidente, que era para él más que un amigo.

—Realmente es bello — le dijo. —Es más: es único. Ya no hay lugares como éste.

—Eso mismo pienso yo. Entonces, ¿para qué nos metemos en tantos líos? Yo, la verdad, ya estoy hartito. Por eso me siento ahora feliz, solo en este rincón, y aquí me quedaría.



—Piensas bien — le dijo Sumac Quimba. —Esta maravilla que ahora sientes aquí entre los árboles es como si tú mismo te estuvieses mirando ahora en el río, en su espejo. Te ves y te consideras más hermoso de lo que eres; pero pasa una canoíta y con un solo golpe de remo te rompes en el agua y desapareces. A nuestra gente, hermano, no podemos dejarles delante de un espejo. Hay que enseñarles a vivir las duras realidades de cada día. Pero también es bueno que les digas que este silencio y esta paz son necesarios para prepararse a la lucha.



## 42. EDUCAR AL HERMANO.

Los hombres de Curi Chicta estaban enojados con los militares del destacamento vecino por las injusticias que éstos cometían. Reunidos una mañana decidieron no venderles nada en adelante. Pero esa misma tarde, uno de ellos, por miedo, le cedió dos gallinas a un sargento que llegó con el cuello alzado.

—Ustedes mismos dijeron que no hay que vender — expresó Sumac Quimba al indio que fue a su casa como buscando una excusa.

—Tuve miedo — dijo él.

—Las gallinas eran tuyas. Podías hacer lo que quisieras con ellas.

—Si no se las doy, seguro que me las quita con sus soldados.

—A eso se llama robar, y contra el robo hay una ley que castiga también a los militares.

—A los militares no los castiga nadie.

—No; porque todos hacen lo que has hecho tú. Os ganan al susto, y así ellos siempre tienen la razón. ¿De qué les puedes acusar ahora si tú mismo recibiste el dinero en pago por las gallinas?



El indio quedó muy avergonzado, y Sumac Quimba no quiso quitarle la pena, porque ese hermano había obrado mal.



### 43. LA LORA.

Los delegados de la Federación habían bajado a Curi Chicta para hablar a la Comuna de las últimas resoluciones tomadas en un congreso de nativos.

Se hallaban en media reunión cuando comenzó a llover, y con ello, la lora que había llevado una de las mujeres se alocó rompiendo a hablar a gritos, lo que produjo mucha risa entre todos.

La sesión duró cinco horas, porque al parecer todos tenían algo que decir, a pesar de que la gente estaba cansada y sin comer.

El Presidente de la Comuna, que era muy amigo de Sumac Quimba, le comentó más tarde lo sucedido en la reunión, indicándole su manera de ver las cosas.

—Esta vez sí que me ha gustado! ¿Has visto cómo les han dado palo a los blancos? ¡Ahora sí van a saber lo que somos!

—Sí — respondió Sumac Quimba. —No está mal. Me han parecido unos jóvenes muy animosos. Como deben ser.

— ¡Tú mismo lo has visto! — respondió alegre el Presidente.



— ¡Claro! Todos los comienzos son difíciles. ¡Pero no creo que estos jóvenes lleguen a ser vuestros jefes!

— ¿Por qué? — preguntó el Presidente algo extrañado.

— Les falta madurar. Lo que ellos han dicho en unos pocos días más lo podrá decir también la lora que escuchaba. Esos jóvenes repetían algo que han escuchado fuera; pero sin darse cuenta de la consecuencia de sus palabras. Porque a la lora, cuando dice locuras, ustedes no le hacen caso; pero a ellos que muchas veces no piensan lo que dicen sí les escuchan como si en eso estuviera encerrada toda la verdad.



#### 44. LA AVISPA.

Mientras Sumac Quimba tejía una canasta una avispa amarilla vino a posarse en su pie izquierdo y comenzó a morderle la piel con insistencia.

— ¡Eh! ¿Qué pasa, hermana? ¡Me haces daño!.

— ¡Exagerado! — le dijo la avispa. — ¡Si apenas te he rozado!

— ¡Perdona! Ha sido algo instintivo al saber que tienes un fuerte aguijón.

La avispa le mostró coquetonamente su cuerpo alzado y flexible.

— Mira, yo sólo busco algo que comer. Lo del aguijón lo había olvidado. ¿Acaso andas tú por ahí pensando todo el día que llevas uñas?

— Es verdad — dijo Sumac Quimba a la avispa. — Vivimos a la defensiva. Es la consecuencia de llevar cada quien sus armas a la vista.

— Yo nací con aguijón — dijo la avispa; — y la verdad es que soy muy susceptible. Pero recuerda que tú tienes manos, pies, uñas, dientes y una gran fuerza. Yo pobre, ¡qué! Me parecen peores los que sin haber nacido con defensas van fabricando armas con ocultas malas ideas.



—Tienes razón. Sólo los hombres fabricamos armas.

—¿Y os decís inteligentes? ¿Para eso empleáis tanta sabiduría?

Sumac Quimba bajó la cabeza apenado y con una leve sonrisa.

—Así es, hermana. Tratamos de matarnos neciamente, aunque no todos. Y lo peor es que nuestros sabios ya no saben qué fabricar para matar más.

—¿Por qué no tratáis de ser inteligentes de verdad? — dijo la avispa moviendo inquieta sus alitas.

—Muchos tratamos de vivir así — dijo Sumac Quimba, — pero ya hemos construído mucha muerte indestructible y ciega. ¡Cuántos trabajos para tener vida y cuidarla y cómo la muerte llega siempre segura!

— ¡Qué pena! — dijo la avispa alzando el vuelo. — ¡Qué pena que hombres tan inteligentes no hayan aprendido a oír la música de su corazón!



## 45. EL JAGUAR.

Un día Sumac Quimba se encontró en la selva con un Jaguar viejo y hambreado que no podía cazar a causa de sus años.

— ¡Hola, cuñado! — le saludó Sumac Quimba.

El Jaguar estaba tan malhumorado que ni siquiera le miró.

— ¿Estás enojado?

— No — dijo el Jaguar. — Tengo hambre y no se qué comer.

— Usa tu sabiduría — le dijo Sumac Quimba.

— ¡Qué sabiduría ni qué! ¡Yo siempre he usado mis garras y mi fuerza; pero ahora estoy viejo!

— ¡Me admiras, hermano! — sonrió con picardía Sumac Quimba. — ¡Yo siempre había pensado que la sabiduría la tenían los viejos!

El Jaguar se le quedó mirando algo mosqueado.

— Mira, hermano: en esta vida que llevo yo cuando las fuerzas se acaban la sabiduría no sirve para nada.

— Eso quiere decir — contestó Sumac Quimba al Jaguar con dulzura — que mientras tuviste fuerza no viviste para la sabiduría. Tu vida fue comer y pasear.



—Sí, creo que sí —dijo pesaroso el anciano Jaguar.  
—Pero ahora es tarde para volver atrás. Ya sólo me queda morir y olvidar de una vez tantas vanidades y penas.

—Tu vida, hermano — le consoló Sumac Quimba, — se parece a la de muchas personas. Pero al menos tú, mientras esperas la muerte, usa tu sabiduría para ser Jaguar hasta el fin.



## 46. LA BOA.

Enroscada en una rama dormitaba una boa tomando el sol de la media mañana. Al acercarse Sumac Quimba ni siquiera se movió.

—Muy confiada vives — le dijo Sumac Quimba iniciando un saludo.

—¿De qué me voy a preocupar en estas soledades? — dijo la boa.

—Tú sabes — le dijo Sumac Quimba — que la muerte llega en silencio, y tu muerte, hermana, va a ser muy larga.

La boa encontró a Sumac Quimba muy tratable y algo humorista.

—Aquí nadie se mete conmigo — dijo ella; — vivimos pacíficamente.

—Ya se que nadie te causa problemas — dijo Sumac Quimba. —Son otros los que acabarán con tu vida.

—Me hablas un idioma que no comprendo — dijo la boa. —Yo no hago mal a nadie.

—Te han creado una mala fama, hermana. Hay mucha gente que sin saber por qué desea tu muerte.

—Matar por nada es una tontería.



—Sí, lo es; pero a ti te buscan. Y yo se que todos los que desean tu muerte están muy equivocados.

—Entonces vete y díselo.

—Es difícil que cambien. Les han enseñado desde niños a ver enemigos por todas partes, y muchos maestros y cabecillas los alimentan todos los días con estas ideas. Si entre ellos no se respetan, ¿cómo quieres que te respeten a ti que tienes tan feroz aspecto?

—Hermano — dijo la boa, — ¿dónde me ves esa ferocidad? ¿Y cómo ellos pueden conocer mis intenciones por mi tamaño?

—Esa gente, hermana, juzga a los demás a través de la envidia y los pensamientos tristes que llevan en su corazón.



## 47. LOS SUEÑOS.

—Ustedes saben — les dijo Sumac Quimba a los hombres de Curi Chicta — que los sueños son importantes. Nuestros abuelos nos enseñaron a tenerlos en cuenta.

—Es cierto — dijo Grefa. —Los sueños son la verdad. También ellos nos dicen lo que va a suceder.

—Pero no siempre sucede lo que se sueña.

—Eso es lo bueno de los sueños — añadió Sumac Quimba: —nos dicen lo que va a pasar; pero nos dejan en libertad para escoger los distintos caminos. No siempre que se sueña con bagres hay enfermos en casa, ni cuando uno sueña que le arrancan la muela del juicio muere un familiar querido. ¡Son solamente avisos, y hay que estar preparados! Porque ¿de qué sirve soñar con grandes cacerías si el hombre no quiere salir de su casa por pereza? Los sueños encierran mucha sabiduría que no podemos comprender a la luz del sol a causa de nuestros trabajos y preocupaciones; pero es mucho mejor confiar en Dios. Los sueños son como las nubes que van y vienen; pero la vida del hombre es como la tierra que está siempre ahí y nos da de comer.



## 48. LOS ANCIANOS.

Sumac Quimba quería de un modo muy particular a los ancianos, porque sabía que muchas veces sus hijos los tenían abandonados.

—Nosotros sí les queremos — le dijeron los hombres. —Lo que pasa es que ni ellos mismos se soportan. Se ponen muy raros y les oímos decir que prefieren vivir solos.

—Los ancianos son muy sensibles — les dijo Sumac Quimba. —Se parecen a los niños, pero ya no lo son. Es muy importante que comprendan ustedes esto. Los ancianos tienen una gran experiencia y se ofenden cuando los jóvenes se burlan de ellos. Y otro error: ustedes les tratan como a niños.

—Nosotros procuramos que nunca les falte comida y que se sientan bien. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Sumac Quimba bajó la cabeza un momento.

—Cuando sus padres vayan envejeciendo — les dijo amablemente, — procuren que ellos sean sus mejores amigos. Así no sentirán que son extraños en su propia casa.



## 49. LOS JOVENES.

Muchos jóvenes se iban a trabajar a las Compañías Petroleras, y después de un año de abrir caminos en medio de la selva, regresaban a sus casas sin un centavo en los bolsillos a seguir comiendo del huerto de sus padres.

— ¿Qué han hecho ustedes con el dinero? — les preguntó Sumac Quimba a dos que acababan de llegar con aire de presumidos.

— Lo hemos gastado.

— ¿Así de sencillo? ¿Pensaron ustedes en sus padres y hermanitos que les han mantenido sus pertenencias, han cuidado de sus gallinas y puercos y además han sufrido a causa de su ausencia?

Los dos jóvenes se echaron a reír como si no le dieran importancia al asunto. Pero Sumac Quimba añadió:

— ¿Creen ustedes que han cumplido con su familia regalándole una tela a su madre y un par de botellas de aguardiente a su padre?

Los jóvenes al ver que Sumac Quimba no se reía, se quedaron muy serios.

— Yo he comprado una radio — dijo uno de ellos.



—Yo un reloj y un tocadiscos — dijo el otro.

—¿Y el resto del dinero que han ido ganando? — preguntó Sumac Quimba.

—No sabemos — dijeron los jóvenes. —Se gasta mucho en comida y vicios.

—¿Entonces qué han ganado saliendo de su casa y abandonando sus trabajos?

Ellos guardaron silencio. Y Sumac Quimba les dijo:

—Ustedes han obrado alocadamente. Se han portado con un egoísmo que no se conoce en nuestras costumbres. Ustedes han perdido un año. Pero aprendan esto: nuestras costumbres y nuestro modo de vivir no es tan malo como se creen. Desgraciadamente ya llegan los tiempos en que a la fuerza nos obligarán a vivir de otra manera. Sean listos y comprueben con su experiencia lo que les digo: El dinero vuela; pero esta tierra que es nuestra y nuestras viejas raíces son para siempre.



## 50. EL SI Y EL NO.

Un hombre preguntó a Sumac Quimba:

—Tú que no tienes mujer, ni hijos, ni chacra, ¿vives contento?

—Sí — respondió Sumac Quimba.

—Pero es triste vivir así, siempre solo — dijo el indio.

—No vivo solo — le contestó Sumac Quimba.

Pero el indio no le entendía.

Y es que Sumac Quimba siempre decía “sí” o “no”; pero no siempre explicaba por qué. Pero a los que le preguntaban, sí les explicaba despacio lo que él pensaba.



## 51. EL ENTIERRO.

Cuando murió la anciana Noa, las mujeres le revisaron la cabeza encontrándole muchos piojos, lo que les produjo mucha risa. Pero como los hombres estaban medio borrachos no le dieron ninguna importancia.

Mientras abrían la tierra bajo la casa de la difunta, uno de los hombres alzó la voz:

— ¡Qué somos, ah? ¡Nada! ¡Palos podridos, balso que se deshace! ¡Eso somos! ¡La vida es como una hoja en el río: se va hasta el último remolino donde todo se acaba y nos quedamos para siempre!

Pero Sumac Quimba, que era un hombre robusto y abría la tierra por el otro lado, dejó oír su hermosa voz:



*UN SOL, un sol; mi madre es un sol  
que abre su camino.  
Antes fue un sol chiquito  
en busca del mediodía.  
Muchos hombres se enamoraron de ella  
y la amaron cuando ella tenía más fuerza.  
Mi madre era como un indiecito,  
un sol como un hombre  
que nació para crecer  
y se fue por el camino rojo de la tarde  
donde muere la vida detrás de las montañas.  
Ahora todos la recordarán  
cuando el sol como un hombre  
haga paso a paso su camino.*



## 52. LOS ANTIGUOS.

—Se dice — dijo Sumac Quimba a los hombres de Curi Chicta — que los antiguos vivían muy felices; pero eso hay que entenderlo, porque también tenían costumbres muy bárbaras y mucha ignorancia.

—Nosotros hemos oído decir a muchos blancos — dijeron los hombres — que tenemos que vivir como nuestros antepasados; porque ahora los hombres están llenos de maldades.

—Las lanzas tienen punta por los dos lados — les dijo Sumac Quimba — y aunque sirven para defenderse y comer, también pueden matar. Ustedes saben que todas las armas se fabrican para matar y los blancos nos dan consejos que ellos no quieren cumplir.

—¿Qué quieres decir con esas palabras? — le preguntó uno.

—Es fácil entenderlo. Nuestros abuelos eran pocos y la selva muy grande. Cazaban y comían sin destruir. Ahora la selva es de todos, y aunque el blanco sueña en lugares maravillosos, llenos de bosque, nunca vivirá aquí porque está acostumbrado al ruido y a vivir alborotado en las ciudades donde nadie le obligue a pensar.



En eso nosotros les llevamos ventaja. Los libros y las palabras de los blancos son muy bonitos y hay que respetarlos; pero lo que ellos hacen no merece la pena que lo tengamos en cuenta para nuestra vida. Nuestra selva es para ellos otro mundo a donde ellos quieren huir y cuando ya la han desnudado con violencia sólo tratan de destruirla para ocultar su propia maldad.

—¿Entonces tú crees que no debemos vivir como nuestros abuelos?

Sumac Quimba movió la cabeza apenado:

—Cuando alguien escoge un camino desconocido se arriesga; pero debe cuidar de no perderse. Para nosotros el cambiar no es malo siempre que conservemos el viejo tesoro de nuestras costumbres.



### 53. EL ARMADILLO.

Cuando Armadillo oyó que se acercaba Sumac Quimba comenzó a cavar un hoyo a toda prisa.

—Espera, hermano. Soy yo.

—No te puedes fiar de nadie — dijo Armadillo a modo de excusa y quitándose la tierra del hocico. — Cuando no te buscan los hombres, te persigue el tigre. Total que vivo entre sustos.

—Malos tiempos corren — sonrió Sumac Quimba. — Tú al menos estás defendido con tu coraza.

—Eso pensaba; pero ahora no estoy tan seguro.

—Sólo los vivos le ganan al día — respondió Sumac Quimba.

—Yo envidio a los pájaros — dijo Armadillo.

—También ellos tienen sus preocupaciones. Deben comer, hacer sus nidos y alimentar a sus crías. Eso les obliga a pisar la tierra, y entonces están indefensos.

—Es verdad. En este mundo nadie está contento con lo que tiene.

—Así es. Cada vez es más necesario ponerse a la defensiva; pero es triste, porque todos hemos nacido para mirar siempre adelante.



— ¿Cómo podrá ser eso, si tú mismo dices que la vida nos obliga a poner los pies en la tierra?

— Exacto: los pies en la tierra; pero los ojos se hicieron para ver la luz.



## 54. MADRE DULCE.

Un día de mucha lluvia Sumac Quimba encontró en su casa a un grupito de abejas que se habían acercado a la olla de chicha para tomar de ella.

Sumac Quimba no las espantó, sino que dejó que bebieran tranquilamente para luego tomar él su parte.

Las abejas, algo mareadas con la bebida, no se querían marchar y hasta comenzaron a molestar a Sumac Quimba haciéndole cosquillas en el cuerpo con sus patitas.

— ¡Bien, bien! — les dijo él. — ¡Ya habéis bebido; ahora no me molestéis!

Pero una de ellas, algo más bebida que las demás, se le posó en la mano y comenzó a mover las alas alocadamente.

— Hermanita — le dijo Sumac Quimba tomándola entre sus dedos con suavidad, — ¿por qué corres estos riesgos? ¿No sabes que con tus juegos puedes caer en una trampa?

— Yo no tengo aguijón — dijo la borrachita candorosamente.

— Ya lo se; pero tus cosquillas son irritantes.



— ¡Yo irritante? — dijo la abeja asombrada. — ¡Si soy tan pequeña e inofensiva!... Yo sólo me dedico a trabajar y a producir miel.

Sumac Quimba acarició a la diminuta abeja, muy feliz al verla tan ingenua y sencilla.

— Sí, hermanita — le dijo, — tu vida es pura; pero mucho me temo que no todos te comprendan. Para muchos ignorantes tú eres una abeja que significa miel, pero también aguijón.

— ¡Pero ya te he dicho que ni yo ni mis hermanas lo tenemos!

— Eso, ellos nunca lo quieren saber.

Y al decir estas palabras Sumac Quimba se acordaba de sus hermanos los indios que eran tan sencillos y dulces como las abejas.



## 55. LA RAYA.

La Raya, de feo aspecto y que vivía oculta en el lodo de las playas, se quejó a Sumac Quimba:

—Yo no sé qué hacer para defender a mis hijos. La mitad del tiempo los escondo dentro de mi cuerpo para evitarles los peligros. Pero apenas descienden las aguas ya no sé qué darles de comer.

—Hermana — le consoló Sumac Quimba, — ¡cómo teniendo un cuerpo tan grande tienes un pensamiento tan chiquito! Retírate a aguas más profundas donde no pueda llegar el arpón del pescador.

—Tú sabes — dijo la Raya — que vivo mejor en aguas bajas y lodosas. Ahí descanso y tomo algún alimento. ¿Qué sería de mis crías en medio de la corriente? Cualquier bagre acabaría con ellas.

—Entonces tu situación es difícil — le dijo Sumac Quimba, — porque los veranos se alargan y tu carne va siendo muy apreciada.

—¿Es decir — respondió la Raya — que estoy condenada a morir?

Sumac Quimba la miró con una larga y profunda pena:



—Muchos van a morir a lo largo de nuestras playas, a no ser que cambie el tiempo y que los que ahora viven a costa de los demás coman de su propia casa y de su propio esfuerzo.



## 56. EL ENFERMO.

Un día le trajeron a Sumac Quimba un enfermo para que lo viera.

—Yo no soy médico ni curandero — dijo él a los parientes.

—Ya sabemos; pero si tú le pides a Dios seguro que ha de sanar.

Entonces Sumac Quimba le rezó a Dios; pero el enfermo se puso tan malo que todos pensaron que se moría. Así que lo pusieron en una hamaca y ya se lo llevaban a su casa para que muriera entre sus parientes. Todos estaban apenados porque el enfermo era un hombre muy joven.

Sumac Quimba les acompañó hasta la canoa y al despedirlos les dijo:

—Ustedes buscan a Dios; pero la verdad es que no confían mucho en El. Cuando el enfermo se cure, díganle que sea agradecido.

Y los parientes se fueron algo avergonzados y sin saber qué pensar.



## 57. OTRA SELVA.

— ¡A ver, díganme! — les preguntó Sumac Quimba a los jóvenes de Curi Chicta: — ¿Cómo conocen ustedes los distintos caminos de la selva?

A ellos esta pregunta les pareció sin ninguna importancia, porque todos eran expertos y desde niños se habían criado en ella.

— ¿Es que es fácil andar por la selva? — insistió Sumac Quimba con una sonrisa.

— No, no es fácil — dijo uno de ellos. — Nosotros también nos perdemos a veces.

— ¿Y qué hacen entonces?

— Buscamos el camino — dijo otro.

— Es una respuesta tan sencilla que muy pocos fuera de ustedes la podrán entender. Cualquiera no daría de nuevo con el camino.

— Es fácil — dijo otro joven. — Uno se fija en el sol para no perderse.

— ¿Y si llueve o está cubierto el sol por las nubes?

— Ahí sí es difícil. Uno se aloca y se puede morir.

— Oigan bien esto — dijo Sumac Quimba: — Nosotros tendremos que ir dentro de poco por caminos que no



conocemos, y por una selva que no es la nuestra. Necesitaremos guías por algún tiempo hasta que aprendamos a caminar solos. Y en esta selva que les hablo hay que ser vivo porque hay tantas fieras que muchas veces los cazados son los mismos cazadores.



## 58. EL VIEJO TAMBOR.

En Curi Chicta se estaba celebrando una hermosa fiesta, y el Capitán había ordenado que se trajeran muchos tambores y flautas para alegrarla.

Todo marchaba muy bien y había una gran alegría. Se bailaba y se tomaba chicha.

Pero uno de los jóvenes sacó una grabadora y poco a poco sus amigos se fueron apartando del grupo de los mayores para bailar con otra música. Y ocurrió que aquella hermosa fiesta que era de todos fue muriendo rápidamente, pues los adultos y ancianos se quedaron sin saber qué hacer con sus tambores y sus flautas en las manos.

Cuando Sumac Quimba vio lo que había sucedido tuvo una gran pena y acercándose al grupo de jóvenes les dijo:

—Ustedes no han obrado bien sacando en esta fiesta la grabadora.

— ¡Esa música es aburrida! — le dijeron ellos con enojo al ver que les reprochaba su actitud.

— ¡No se enojen! Ustedes han dejado llenos de tristeza a los mayores y a los ancianos por salirse con



la suya. Ya sabemos que nuestra música es sencilla; pero la estábamos tocando con nuestras propias manos. Es verdad que hay músicas mejores y más hermosas; pero no las hacemos nosotros. Vienen como los muertos en sus pequeñas cajas de plástico. Esta es nuestra fiesta y nuestra música; pero así como ya la estamos perdiendo, luego perdemos todo lo demás.

Pero los jóvenes se rieron de Sumac Quimba y siguieron en sus bailes haciendo su propia fiesta.



## 59. LA FELICIDAD.

Los hombres se reunieron otra vez con Sumac Quimba para preguntarle algunas cosas que no habían entendido muy bien.

—Si nos repites muchas veces, a lo mejor entendemos algo — le dijeron. —Nosotros sabemos que tú nos perdonas que seamos tan bobos; pero si no tienes paciencia con nosotros nunca aprenderemos.

—No me molesta nada que me preguntéis — les dijo Sumac Quimba. —Yo estoy muy contento con ustedes y les digo lo que se, para que piensen y luego vivan felices.

—Entonces — le dijeron, — explícanos cómo podemos ser felices con tantos sufrimientos y tanta gente que nos hace mal.

—Amen la vida — les dijo Sumac Quimba. —Es lo mejor que tenemos. Es la raíz que sujeta nuestro espíritu a esta tierra y hace retumbar la fuerza del corazón. Ustedes se han echado muchas veces sobre la yerba ¿verdad? ¿Qué han sentido? ¿No es verdad que la tierra les abrazaba, les daba fuerza y les sujetaba para que no se cayeran hacia abajo?



Luego prosiguió:

—Los antiguos amaban la tierra y a veces la comían para ser grandes curacas; la olían y se frotaban el cuerpo con ella. Ahora acuéstense contra la tierra y verán cómo sienten que la tierra vive como si Dios la empujara desde dentro. Y luego díganme ¿quién se siente débil, vacío o tonto apoyado contra tanta fuerza? ¿Habrá hombre en el mundo, por malo que sea, que les pueda hundir más allá de la tierra? La tierra es como una abeja enorme que produce miel para los hombres que quieren chupar de ella. Por eso nuestra comida es sana, sin aliños de fuera.

—Ahora escasea la comida — dijeron los hombres; — parece que también la tierra se ha cansado de ayudarnos.

—La tierra hay que trabajarla — siguió Sumac Quimba. —Si se la olvida, la maleza la cubre y se la come; pero si se la limpia, entra el sol y la lluvia y la animan.

Uno de los hombres dijo a Sumac Quimba:

—Aunque no trabajáramos ya ¿qué importa?; si dices que ya nos vamos a morir.

—Alguno morirá; pero no todos. Es una pena morir, porque ese día se acabó para ti la alegría; se acabó un hombre maravilloso y único que existía sobre la tierra. Cada hombre nace una sola vez. ¿No es esto una gran maravilla? Les diré una cosa: Siembren una buena semilla. No hagan como los tontos que riegan cualquier semilla. Trabajan como locos y luego no recogen nada. No podemos caminar por todos los caminos; basta



hacerlo por uno, el que sea, pero sin detenerse. En todos los caminos está la tierra que nos acompañará. ¿Quién les ha robado la tierra? Búsquenlo y enséñenle sus costumbres. Ustedes tienen derecho a comer las mejores frutas de su propia huerta; y no olviden que las verdaderas raíces son las que sujetan mejor nuestro espíritu de libertad.



## 60. EL ELEGIDO.

Sumac Quimba se había levantado con el sol y paseaba debajo de las palmeras de Curi Chicta. La mañana estaba llena de luz y el río brillaba.

— ¡Buenos días! — saludó a todos. — Seguro que aún no se han sacudido la pereza. Vengan y verán algo increíble.

Les llevó al río, y desde la orilla se lo mostró con la mirada.

— ¡No es algo bello, lleno de vida y fuerza? Esa es el agua que llena las montañas, penetra en ellas y nace limpia. Báñense en ella, refrésquense. Luego vengan a casa y comeremos algo.

Más tarde, después de tomar el alimento, Sumac Quimba sonrió feliz.

— Escuchen — les dijo: — Había una vez un hombre que estaba recorriendo la tierra, y al caer la tarde se sintió muy cansado, y se echó debajo de un árbol. Entonces oyó una voz que le dijo que tenía que medir toda la tierra.

“Eso es imposible” — pensó aquel hombre. — “ ¡Cómo voy a medir yo solo toda la tierra!”.



Y para quitar la pena sacó su atado de comida que era muy pobre y se puso a comerlo. Luego se durmió. Al despertar sacó su atado para comerse el último trozo que le quedaba, y mientras comía, pensó: "Esta es la última comida que tengo y aún he de medir toda la tierra. Creo que no va a ser posible; pero para empezar necesito más comida o me moriré de hambre". Y así estuvo buscando comida un día y otro día con mucha paciencia hasta que al fin sin darse cuenta después de muchos años llegó a medir toda la tierra. Y entonces comprendió aquel hombre que haciendo todos los días pequeñas cosas se puede llegar a hacer al fin una grande.

—Lo que acabas de decir sí que hemos comprendido — le dijeron los de Curi Chicta.

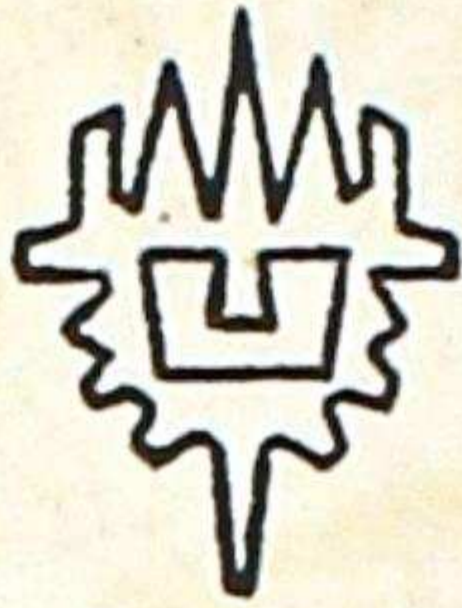
—Está muy bien. ¿Han comprendido ustedes que éste era un pobre de verdad? Todo el mundo era de él. Este hombre eligió para su vida el caminar sin nada, haciendo lo justo, lo que debía hacer; comprendió que si tenía que medir la tierra no podía perder el tiempo en peleas y trabajos inútiles, porque desde que lo eligieron para ese trabajo ya no podía ser un hombre como los demás.

Y toda aquella gente después de oír a Sumac Quimba, aunque no le comprendieron muy bien, se sintió muy animada.



Impreso el 12 de Febrero de 1983,  
día del descubrimiento del Amazonas  
en la imprenta de C I C A M E.  
Centro de Investigaciones Culturales  
de la Amazonía Ecuatoriana.  
POMPEYA - RIO NAPO  
E C U A D O R





## EDICIONES CICAME

### TITULOS PUBLICADOS

- Mensaje de vida cristiana. Catecismo popular. *Quichua - español*. 1968.
- Santa Misa. Oracional. Cantoral. *Quichua - español*. 2da. ed. 1973.
- Sacha Pacha. El mundo de la selva. *Quichua - español*. 1976. P. Juan Santos Ortiz de V.
- Yachal tucuni. Cartilla bilingüe-bicultural. 2da. ed. 1977. Inés Ochoa, MML.
- Marcos quillacasca allishimi. *Quichua*. 1978. P. Camilo Mújika.
- Biografía de una colonización. Kms. 7-80 Lago Agrio a Coca. 1979. P. Angel González. P. Juan Santos Ortiz de Villalba.
- Cristiano runa cantana. *Quichua*. 1979.
- Aguarico 1979. 1979. P. Félix Erentxun (dibujos - P. Juan Santos Ortiz de V. (texto).
- Un grito desde 1.000 años. 2da. ed. 1979. P. Juan Santos Ortiz de Villalba.
- Aprenda el Quichua. Gramática y vocabularios. 3ra. ed. 1979. P. Camilo Mújika.
- Diospa Churi Aucanchihua causarca. (Los cuatro Evangelios). *Quichua*. 1979. P. Camilo Mújika.
- Diosma shunguta shayachisa. *Quichua*. 1979.
- Aventura para el recuerdo. 2da. ed. 1980. P. Juan Santos Ortiz de Villalba.
- Aguarico. Un empeño de roturación evangélica en dos tiempos. 1954-1979. 1980. P. Lázaro Iriarte de Aspurz.
- Los últimos Huaorani. 1980. P. Juan Santos Ortiz de Villalba.
- Patología en el Nororiente ecuatoriano. 1980. Dr. Manuel Amunárriz Urrutia.
- Paragonimiasis en el Nororiente ecuatoriano. 1980. Dr. Manuel Amunárriz Urrutia.
- Antiguas culturas amazónicas ecuatorianas. Fase Napo (1188-1480 dC). 1981. P. Juan Santos Ortiz de Villalba.
- Viajando por un largo río de silencio. 3ra. ed. 1982. P. Juan Santos Ortiz de Villalba.
- Cristupa quishpichinata chasquina. (Ritual de los Sacramentos). 2da. ed. 1982. P. Camilo Mújika.
- Santa Misa. Quiricbulamiana. Ciclos A-B-C. *Quichua - español*. 1982. P. Camilo Mújika.
- Salud y enfermedad. Patología tropical en la Región amazónica. 1982. Dr. Manuel Amunárriz Urrutia.
- Volcán de arcilla. 2da. ed. 1982. P. Juan Santos Ortiz de Villalba.
- (EN PREPARACION)
- Sueños, dichos y refranes. (Cultura Quichua)
- Mitos y Cuentos. (Cultura Quichua)
- Curanderismo. (Cultura Quichua)